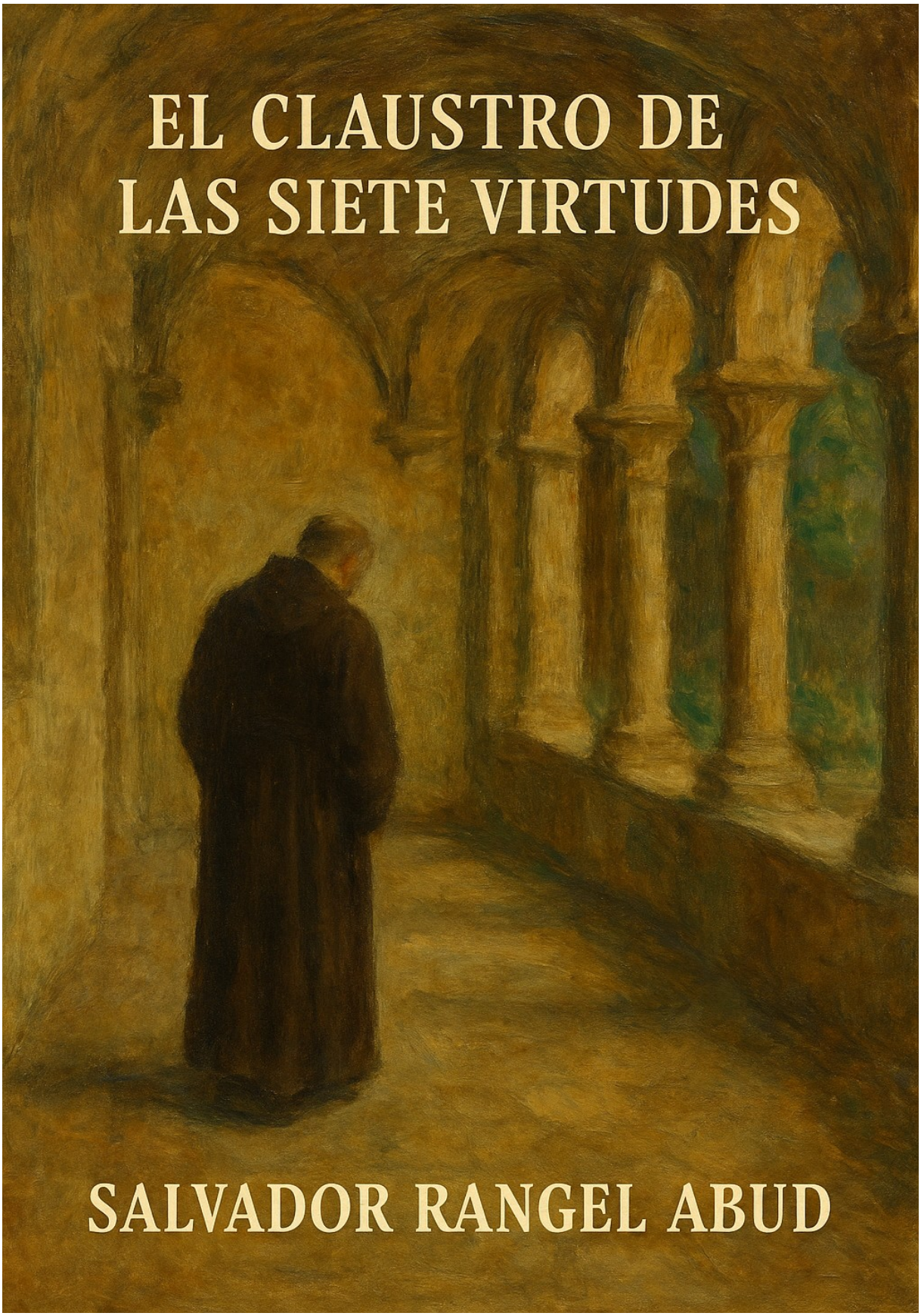
EL CLAUSTRO DE
LAS SIETE VIRTUDES
SALVADOR RANGEL ABUD

EL CLAUSTRO DE LAS SIETE VIRTUDES

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En el convento de Scala Coeli, suspendido entre el cielo y la tierra en la Sierra Morena, siete monjes encarnan las siete virtudes que sostienen la búsqueda de Dios: Fe, Esperanza, Caridad, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza. Fray Zósimo reza su rosario con una constancia que no depende de sentir a Dios, sino de confiar en que está ahí. Fray Ilán sostiene la esperanza de los demás incluso cuando la suya flaquea. Fray Gaspar cura heridas con manos que tocan el dolor ajeno como si fuera propio. Fray Luciano advierte peligros que nadie quiere escuchar. Fray Severino defiende la verdad aunque le cueste la soledad. Fray Rodrigo se mantiene en pie después de cada caída. Fray Eliseo lucha cada día por el equilibrio que a otros les parece natural.

Siete hombres. Siete virtudes. Siete vidas consagradas a Dios en silencio, oración y comunidad.

Pero una noche, el fuego desciende sobre el convento. Cuando las llamas se apagan, seis de los siete hermanos han muerto. Solo uno permanece intacto: Fray Zósimo, cuyo cuerpo no arde, cuya carne no se corrompe, como si algo más grande que la muerte lo sostuviera.

La investigación eclesiástica revela una verdad más oscura que el incendio mismo. No fue accidente. Fue crimen. El Prior Fabián, consumido por treinta años de envidia espiritual, encendió el fuego para destruir la luz que no podía igualar. Mató a Zósimo porque su santidad lo confrontaba con sus propias sombras. Y mató a los otros seis porque el fuego no distingue entre víctimas.

Narrada por Fray Lamberto de Ornelas, Sub prior del convento y testigo culpable que vio las señales pero no actuó, esta es la historia de siete virtudes encarnadas en hombres imperfectos, de un crimen nacido de la envidia, y de la pregunta que persigue al sobreviviente: ¿por qué no actué cuando pude?

Una novela sobre santidad y pecado, luz y sombra, virtudes que se conquistan y virtudes que se pierden. Sobre lo que significa vivir en comunidad con sus luces y sus conflictos. Y sobre la verdad incómoda de que las virtudes y las sombras pueden habitar en el mismo corazón.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias por el Instituto Nacional de Salud Pública, además de escritor aficionado.

En *El claustro de las siete virtudes*, su conocimiento de instituciones complejas y dinámicas de poder le permite construir una novela que es simultáneamente thriller psicológico, meditación teológica y testimonio sobre la culpa del testigo silencioso. La estructura — siete monjes que encarnan siete virtudes, un incendio que los mata, una investigación que descubre crimen — sostiene una reflexión profunda sobre lo que significa buscar a Dios en comunidad.

Las virtudes que retrata no son abstracciones filosóficas sino luchas diarias. Zósimo (Fe) duda constantemente pero vuelve siempre. Luciano (Prudencia) advierte del peligro pero nadie lo escucha. Eliseo (Templanza) batalla con adicción escondida. No son santos de mármol — son hombres de carne y hueso cuyas virtudes se conquistan peldaño a peldaño.

El Prior Fabián no es villano unidimensional — es hombre que sirvió fielmente durante treinta años y se envenenó gradualmente con envidia espiritual hasta convertirse en asesino. Y Fray Lamberto, el narrador, no es héroe inocente — es cómplice involuntario que vio las señales y no actuó por obediencia mal entendida.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El claustro de las siete virtudes Autor: Salvador Rangel Abud Género: Novela conventual / Thriller psicológico / Teología narrativa Extensión: ~28,143 palabras Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo Narrador: Fray Lamberto de Ornelas (Sub prior, testigo culpable) Ambientación: Convento Scala Coeli, Sierra Morena, España — tiempo contemporáneo Idioma: Español Año de publicación: 2025 Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta: ¿cómo se viven las virtudes en hombres reales, con sus defectos y sus luchas? La hagiografía tradicional tiende a pintar santos sin sombras, figuras perfectas incapaces de duda o caída. Pero la santidad verdadera no consiste en no tener defectos — consiste en luchar contra ellos. No consiste en no caer — consiste en levantarse.

Los siete monjes que retrato aquí encarnan las siete virtudes de la tradición cristiana: las tres teologales (Fe, Esperanza, Caridad) y las cuatro cardinales (Prudencia, Justicia, Fortaleza, Templanza). Pero no las encarnan como esencias puras. Las viven como conquistas diarias, como batallas que se ganan y se pierden, como equilibrios frágiles que requieren atención constante.

Fray Zósimo (Fe) duda todos los días pero vuelve siempre a la oración. Fray Ilán (Esperanza) sostiene a otros aunque su propia esperanza flaquee. Fray Gaspar (Caridad) cura heridas sabiendo que no todas sanarán. Fray Luciano (Prudencia) advierte peligros que nadie quiere escuchar. Fray Severino

(Justicia) defiende verdades que lo aíslan. Fray Rodrigo (Fortaleza) se levanta después de cada caída. Fray Eliseo (Templanza) lucha contra tentaciones que nunca desaparecen del todo.

Ninguno es perfecto. Todos son humanos. Y precisamente por eso, su testimonio tiene valor.

El Prior Fabián representa la sombra que acecha incluso a quienes sirven a Dios. Durante treinta años fue Prior dedicado, competente, obediente. Pero en algún momento la envidia comenzó a envenenarlo. La presencia de Zósimo — con su santidad natural, su luz que atraía sin esfuerzo — le recordaba constantemente lo que él no era. Y en lugar de permitir que esa luz lo transformara, decidió extinguirla.

La envidia espiritual es quizá la más peligrosa de todas porque se disfraza de celo religioso. Fabián no mató por odio puro — mató porque no soportaba el espejo que Zósimo le ponía enfrente. Creyó que eliminando ese espejo, eliminaría sus propias sombras. Se equivocó.

Fray Lamberto, el narrador, es el testigo culpable. Vio las señales. Escuchó las advertencias. Intuyó el peligro. Pero no actuó. La autoridad del Prior lo cegó. La obediencia mal entendida lo paralizó. El miedo a confrontar lo silenció. Y siete hombres murieron.

Esta novela no ofrece respuestas fáciles. No promete que la virtud siempre triunfe ni que el bien siempre sea recompensado. Muestra lo que es: hombres imperfectos buscando a Dios en comunidad, con sus luces y sus sombras, con sus virtudes y sus pecados. Y muestra también que el silencio cómplice puede ser tan culpable como el acto mismo.

Si al cerrar este libro el lector se pregunta qué habría hecho en el lugar de Lamberto, la novela habrá cumplido su propósito.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

virtudes teologales · virtudes cardinales · vida monástica · convento · thriller psicológico · envidia espiritual · Fe · Esperanza · Caridad · Prudencia · Justicia · Fortaleza · Templanza · incendio · crimen · cuerpo incorrupto · investigación eclesiástica · obediencia ciega · culpa del testigo · teología

narrativa · santidad · pecado · comunidad religiosa · España · Sierra Morena · novela en español

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela opera en el registro del thriller psicológico con profundidad teológica — un misterio que es también meditación sobre virtudes encarnadas en hombres reales. A lo largo de sus doce capítulos, prólogo y epílogo, *El claustro de las siete virtudes* explora las siete virtudes como conquistas, no como esencias — Zósimo (Fe) duda constantemente, Eliseo (Templanza) lucha contra adicción, Luciano (Prudencia) advierte sin ser escuchado: virtudes que se ganan día a día, no dones naturales; la envidia espiritual como motor de crimen — el Prior Fabián sirvió treinta años con dedicación pero se envenenó gradualmente al compararse con Zósimo: mató no por odio puro sino porque no soportaba el espejo que le mostraba sus sombras; la obediencia mal entendida como complicidad — Lamberto vio las señales pero no actuó por respeto ciego a la autoridad: su testimonio es confesión de culpa del testigo silencioso; el cuerpo incorrupto como signo ambiguo — Zósimo no arde en el fuego, su carne no se corrompe: ¿milagro o fenómeno natural? La investigación eclesiástica no encuentra explicación; la estructura retrospectiva que relee las virtudes — capítulos 1-7 parecen hagiografía contemplativa, capítulos 9-12 revelan que hubo crimen: el lector relee a los siete monjes sabiendo que morirán; y la vida en comunidad con sus luces y sombras — la búsqueda de Dios no elimina conflictos humanos: celos, resentimientos, malentendidos conviven con santidad genuina.

CITAS DESTACADAS

"La Fe no necesita testigos. Necesita constancia. El rosario me recuerda que Dios está ahí aunque yo no lo sienta."

"La duda no es lo contrario de la Fe. Es su compañera. Quien no duda no cree: repite. La Fe verdadera atraviesa la duda y sale del otro lado."

"La Esperanza no es sentir que todo está bien. Es seguir caminando aunque todo esté mal."

"La Caridad verdadera libera. Ama sin esperar nada a cambio. Se da sin calcularlo."

"La verdadera Prudencia no es miedo al error; es sabiduría para actuar en el momento justo."

"La verdadera Justicia no se opone a la compasión; la incluye. Sabe que a veces lo justo es perdonar."

"La verdadera Fortaleza no es insensibilidad; es la capacidad de mantenerse entero sin endurecerse."

"La Templanza no es reprimir los impulsos, sino conocerlos. Uno no puede moderar lo que no ve."

"Treinta años y nadie me mira como lo miran a él. ¿Qué tiene él que yo no tenga?"

"La envidia espiritual es quizá la más peligrosa de todas porque se disfraza de celo religioso."

"Debí actuar. Debí preguntarle qué lo atormentaba. Pero no lo hice. Y esa omisión me perseguirá el resto de mi vida."

"La verdadera obediencia no es sometimiento ciego, sino discernimiento activo."

"El Prior Fabián encendió el fuego. Pero yo dejé que lo preparara. Y esa complicidad involuntaria es algo con lo que tendré que vivir el resto de mis días."

"Las virtudes y las sombras pueden habitar en el mismo corazón."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *El claustro de las siete virtudes* un territorio narrativo cercano, con el rigor teológico y la tensión psicológica que le son propios.

Umberto Eco (*El nombre de la rosa*): Crimen en convento medieval donde teología y misterio se entrelazan — investigación que descubre verdades más oscuras que el crimen mismo.

Ellis Peters (serie Cadfael): Misterio monástico con teología seria — monjes que resuelven crímenes mientras lidian con sus propias luchas espirituales.

Nikos Kazantzakis (*Cristo de nuevo crucificado*): Virtudes encarnadas en personajes que pagan precio por ellas — santidad que confronta y provoca, no que consuela.

Graham Greene (*El poder y la gloria*): Fe en crisis, sacerdotes imperfectos, búsqueda de Dios entre sombras personales — teología narrativa sin edulcorar.

Shūsaku Endō (*Silencio*): Cuestionamiento de fe, autoridad religiosa bajo presión, decisiones morales imposibles en contextos extremos.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela pertenece al registro de ficción religiosa seria — no devocional superficial sino exploración honesta de lo que significa buscar a Dios en comunidad, con todas las complejidades humanas que eso implica.

ESTRUCTURA NARRATIVA: LO QUE CUENTA CADA CAPÍTULO

La novela está construida con estructura retrospectiva: los capítulos 1-7 retratan a los siete monjes como si estuvieran vivos, los capítulos 9-12 revelan que hubo un incendio que los mató y que fue crimen premeditado.

Prólogo: Lamberto de Ornelas — El narrador se presenta: Sub prior de Scala Coeli que escribe después de la tragedia. Establece tono contemplativo pero advierte que habrá verdades dolorosas.

Capítulo 1: Fray Zósimo — La Fe inquebrantable — El monje del rosario de cuentas oscuras que duda constantemente pero vuelve siempre. Fe como constancia, no como certeza.

Capítulo 2: Fray Ilán — La Esperanza que nos sostiene — El monje del pañuelo verde que sostiene a otros aunque su propia esperanza flaquee. Esperanza como práctica, no como sentimiento.

Capítulo 3: Fray Gaspar — Caridad en carne y hueso — El enfermero que cura heridas con manos que tocan el dolor ajeno como si fuera propio. Caridad que libera, no que posee.

Capítulo 4: Fray Luciano — Prudencia que no quisimos oír — El monje que advierte tensiones internas, comportamientos sospechosos del Prior, señales de peligro. Nadie lo escucha.

Capítulo 5: Fray Severino — Justicia de Dios entre nosotros — El monje que defiende la verdad aunque le cueste soledad. Justicia que incluye compasión, no que la excluye.

Capítulo 6: Fray Rodrigo — Fortaleza en medio de la tormenta — Ex soldado con cicatrices físicas y psicológicas que se levanta después de cada caída. Fortaleza como resistencia sin endurecimiento.

Capítulo 7: Fray Eliseo — Templanza frágil — El monje del cuaderno que anota sus luchas contra tentaciones que nunca desaparecen del todo. Templanza como batalla diaria, no como equilibrio natural.

Capítulo 8: Fray Fabián — La autoridad que envenena — **[CAPÍTULO REESCRITO]** Cinco escenas que muestran al Prior envenenándose gradualmente con envidia: 1) Solo en su despacho reclamando, 2) Rechazando a Zósimo en reunión capitular, 3) Protestando a Dios en la capilla, 4) Saliendo del ala nueva con algo escondido, 5) Preparando el fuego la noche anterior. Lamberto ve las señales pero no actúa.

Capítulo 9: La vida en el claustro antes del fuego — El día anterior al incendio transcurre con normalidad dolorosa. Lamberto describe a los siete hermanos en sus últimas horas sin saber que los está viendo por última vez.

Capítulo 10: El fuego descendió sobre nosotros — La noche del incendio. Llamas que devoran el ala nueva. Seis cuerpos carbonizados. Uno intacto: Zósimo, cuyo cuerpo no arde.

Capítulo 11: Seis cenizas, un incorrupto — Investigación eclesiástica examina el cuerpo incorrupto de Zósimo. No encuentran explicación

natural. Comienza proceso de beatificación. Pero también investigan causa del incendio.

Capítulo 12: La verdad que ardió en silencio — Testimonios revelan que el Prior preparó el incendio con premeditación. Fabián confiesa: envidia espiritual hacia Zósimo. Mató porque no soportaba el espejo que le mostraba sus sombras. Lamberto confronta su propia culpa.

Epílogo: De las virtudes y las cenizas — Años después. Scala Coeli reconstruido pero con espacios vacíos. Proceso de beatificación de Zósimo avanza. Fabián desapareció de la vida religiosa. Lamberto sigue como Sub prior, cargando culpa y aprendiendo que la verdadera obediencia es discernimiento activo, no sometimiento ciego.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

La novela presenta siete virtudes encarnadas en hombres imperfectos que luchan diariamente por conquistarlas. ¿Es esta visión más útil que la hagiografía tradicional que pinta santos sin defectos? ¿Qué enseña más: la perfección imposible o la lucha honesta?

El Prior Fabián sirvió fielmente durante treinta años antes de cometer el crimen. ¿En qué momento la envidia se convirtió en algo más oscuro? ¿Pudo haberse evitado si alguien hubiera intervenido antes?

Fray Lamberto vio cinco señales claras del peligro pero no actuó por obediencia ciega a la autoridad. ¿Hasta dónde llega la responsabilidad del testigo silencioso? ¿Es su culpa comparable a la del Prior?

El cuerpo incorrupto de Zósimo no tiene explicación natural según la investigación eclesiástica. ¿Es signo de santidad o fenómeno sin explicar? ¿Cambia algo si es uno u otro?

La estructura retrospectiva hace que el lector conozca a los siete monjes (capítulos 1-7) antes de saber que morirán (capítulos 9-12). ¿Cómo afecta esto la lectura de las virtudes? ¿Se leen diferente sabiendo el final?

La novela muestra que virtudes y sombras pueden habitar en el mismo corazón. ¿Es posible ser buen Prior durante treinta años y asesino en el año treinta y uno? ¿O las sombras estaban ahí desde el principio?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2025). El claustro de las siete virtudes. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *El claustro de las siete virtudes*. Internet Archive, 2025.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *El claustro de las siete virtudes*. Internet Archive, 2025.

CONTACTO Y OTRAS OBRAS

Correo electrónico: wrangel.1352@gmail.com

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento treinta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa política, la novela coral carcelaria, el bildungsroman romántico, la comedia de misterio colonial, el thriller arqueológico especulativo, la autoficción testimonial, la narrativa eclesiástica de formación, la sátira histórica revisionista, la fábula moral costumbrista y — como demuestra esta entrega — la novela conventual psicológica.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Las siete virtudes no son esencias que algunos poseen y otros no. Son batallas que se libran día a día, peldaño a peldaño, caída tras caída. Zósimo (Fe) dudaba constantemente pero volvía siempre. Ilán (Esperanza) sentía que todo estaba mal pero seguía caminando. Gaspar (Caridad) sabía que no todas las heridas sanarían pero las curaba igual. Luciano (Prudencia) advertía peligros que nadie escuchaba pero advertía igual. Severino (Justicia) defendía verdades que lo aislaban pero las defendía igual. Rodrigo (Fortaleza) caía constantemente pero se levantaba siempre. Eliseo (Templanza) luchaba contra tentaciones que nunca desaparecían pero luchaba cada día.

Ninguno era perfecto. Todos eran humanos. Y precisamente por eso, su testimonio tiene valor.

El Prior Fabián sirvió treinta años con dedicación y se envenenó gradualmente con envidia espiritual. Vio en Zósimo un espejo que le mostraba sus sombras y decidió destruir el espejo en lugar de transformarse. Fray Lamberto vio las señales y no actuó por obediencia mal entendida. Respetó la autoridad cuando debió cuestionarla. Calló cuando debió hablar.

Y siete hombres murieron.

Esta novela no ofrece consuelo fácil. No promete que la virtud siempre triunfe. Muestra lo que es: hombres imperfectos buscando a Dios en comunidad, con sus luces y sus sombras, con sus virtudes y sus pecados.

Scala Coeli — Escalera del Cielo. No porque sea fácil subir, sino porque cada peldaño se conquista con esfuerzo, se pierde con descuido, se recupera con humildad. Los siete hermanos subieron esa escalera. Cayeron. Se levantaron. Y murieron en el fuego que un octavo hermano encendió porque no soportaba ver la luz que ellos reflejaban.

Pero las virtudes sobreviven a quienes las encarnan. La Fe de Zósimo sigue viva en quien reza aunque no sienta a Dios. La Esperanza de Ilán sigue viva en quien camina aunque todo esté mal. Las siete virtudes siguen siendo los peldaños de la escalera.

Esa es la lección que los siete hermanos dejaron grabada en las piedras de Scala Coeli.

© 2025 Salvador Rangel Abud · CC BY-NC-ND 4.0 ·
wrangel.1352@gmail.com · Internet Archive

INDICE

PRÓLOGO: LAMBERTO DE ORNELAS
CAPÍTULO 1: FRAY ZÓSIMO: LA FÉ INQUEBRANTABLE
CAPÍTULO 2: FRAY ILÁN: ESPERANZA QUE NOS SOSTENÍA
CAPÍTULO 3: FRAY GASPAR: CARIDAD EN CARNE Y HUESO
CAPÍTULO 4: FRAY LUCIANO: PRUDENCIA QUE NO QUISIMOS OÍR
CAPÍTULO 5: FRAY SEVERINO: JUSTICIA DE DIOS ENTRE NOSOTROS
CAPÍTULO 6: FRAY RODRIGO: FORTALEZA EN MEDIO DE LA TORMENTA
CAPÍTULO 7: FRAY ELISEO: TEMPLANZA FRÁGIL
CAPÍTULO 8: FRAY FABIÁN: LA AUTORIDAD QUE ENVENENA
CAPÍTULO 9: LA VIDA EN EL CLAUSTRO ANTES DEL FUEGO
CAPÍTULO 10: EL FUEGO DESCENDIÓ SOBRE NOSOTROS
CAPÍTULO 11: SEIS CENIZAS, UN INCORRUPTO
CAPÍTULO 12: LA VERDAD QUE ARDIÓ EN SILENCIO
EPÍLOGO: DE LAS VIRTUDES Y LAS CENIZAS

PRÓLOGO

LAMBERTO DE ORNELAS

A veces me pregunto por qué escribo estas líneas, por qué regreso una y otra vez al eco de los pasos que ya nadie da en los corredores de Scala Coeli, al olor a madera húmeda que todavía parece levantarse desde el suelo oscuro del claustro, o a la sensación, tan clara aún, de que una presencia que no pertenece a este mundo sigue recorriendo nuestras celdas como si el tiempo no hubiera pasado. Soy Fray Lamberto de Ornelas, Subprior de la comunidad que habita este convento, y estas páginas no pretenden ser una historia oficial ni una defensa de nada. Son, ante todo, un gesto de contemplación, un intento por dar testimonio de las vidas que aquí se han consagrado a Dios y de las virtudes que, como columnas invisibles, sostienen la existencia de quienes hemos elegido este camino.

Scala Coeli no es un convento cualquiera. Fundado sobre la piedra viva de la Sierra Morena, parece suspendido entre el cielo y la tierra, como si su nombre —Escalera del Cielo— no fuera una metáfora sino una descripción literal de su naturaleza. Desde lo alto de sus torres, los valles se extienden como un manto verde y marrón que cambia de color según las estaciones, y por las mañanas la niebla se desliza entre los cipreses haciendo que las construcciones se eleven como si surgieran de un mar de nubes. Es un lugar donde el silencio no es solo disciplina monástica, sino una presencia viva, un personaje más de nuestra comunidad. Un silencio que escucha, que acompaña, que a veces consuela y otras veces confronta.

Llegué aquí hace muchos años, cuando aún era un hombre joven lleno de dudas sobre mi vocación y sobre el sentido de una vida entregada a la oración y al servicio. Recuerdo la primera vez que crucé el umbral del portón principal y sentí que entraba en otro mundo, un mundo donde el tiempo transcurría de manera distinta y donde las preocupaciones que me

habían atormentado en el siglo comenzaban a disolverse como la niebla al mediodía. No fue una conversión repentina ni una iluminación mística. Fue algo más lento, más parecido al crecimiento de un árbol que al estallido de un rayo. Poco a poco, día tras día, el convento fue moldeándome, y yo fui aprendiendo a moldearme a él.

Hoy, después de tantos años, puedo decir que conozco cada piedra de estos muros, cada grieta en los corredores, cada sombra que proyectan los arcos cuando el sol desciende. Pero lo que más conozco —o lo que más he intentado conocer— son las almas de los hermanos que aquí habitan. Almas diversas, complejas, cada una con su historia y sus heridas, pero todas orientadas hacia un mismo fin: la búsqueda de Dios a través de la vida comunitaria y la práctica de las virtudes.

Las virtudes. Esa palabra que suena antigua, casi arcaica, en un mundo que ha olvidado su significado. Para muchos, hablar de virtudes es hablar de un moralismo rígido, de normas impuestas desde fuera que asfixian la libertad del individuo. Pero para quienes vivimos en comunidad religiosa, las virtudes son otra cosa. Son caminos. Son modos de ser que nos acercan a lo que deberíamos ser. Son, si se me permite la imagen, los peldaños de esa escalera que da nombre a nuestro convento.

La tradición cristiana ha distinguido siete virtudes fundamentales, divididas en dos grupos según su origen y su fin. Las tres virtudes teologales —Fe, Esperanza y Caridad— tienen a Dios como objeto directo y son infundidas en el alma por la gracia divina. Las cuatro virtudes cardinales —Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza— son virtudes humanas que pueden adquirirse mediante el esfuerzo y la práctica, aunque también son elevadas y perfeccionadas por la gracia. Juntas, estas siete virtudes forman el esqueleto moral del hombre que aspira a la santidad.

He meditado mucho sobre ellas a lo largo de mi vida. He intentado comprenderlas no solo como conceptos teológicos, sino como realidades vivas que se encarnan en personas concretas. Y lo que he descubierto es que cada virtud tiene su propia luz y su propia sombra, su propia grandeza y su propio peligro. Porque las virtudes, aunque orientadas al bien, pueden deformarse cuando se practican sin equilibrio o cuando se confunden con sus apariencias.

La Fe, por ejemplo, es la virtud que nos permite creer en lo que no vemos, confiar en Dios incluso cuando el mundo parece desmentirlo todo. Pero la Fe mal entendida puede convertirse en fanatismo, en una certeza rígida que no admite preguntas ni matices. La verdadera Fe, en cambio, es humilde. Sabe que no lo sabe todo. Sabe que Dios es siempre más grande que nuestras ideas sobre Él.

La Esperanza es la virtud que nos sostiene cuando todo parece perdido, la que nos permite mirar al futuro con confianza aunque el presente sea oscuro. Pero la Esperanza mal entendida puede convertirse en evasión, en una negación de la realidad que nos impide actuar. La verdadera Esperanza

no niega el sufrimiento; lo atraviesa. No ignora la oscuridad; la ilumina desde dentro.

La Caridad es la virtud suprema, el amor a Dios y al prójimo que da sentido a todas las demás. Sin Caridad, decía San Pablo, las otras virtudes son nada, un metal que resuena pero que está vacío. Pero la Caridad mal entendida puede convertirse en posesión disfrazada de generosidad, en un amor que asfixia porque no respeta la libertad del otro. La verdadera Caridad libera. Ama sin esperar nada a cambio. Se da sin calcularlo.

La Prudencia es la virtud que nos permite discernir el bien y elegir los medios adecuados para alcanzarlo. Es la auriga de las virtudes, decían los antiguos, porque guía a todas las demás. Pero la Prudencia mal entendida puede convertirse en cobardía, en una cautela excesiva que nos paraliza y nos impide actuar cuando es necesario. La verdadera Prudencia no es miedo al error; es sabiduría para actuar en el momento justo.

La Justicia es la virtud que nos lleva a dar a cada uno lo que le corresponde, a respetar los derechos ajenos y a cumplir con nuestras obligaciones. Pero la Justicia mal entendida puede convertirse en rigidez implacable, en una aplicación de la ley que olvida la misericordia. La verdadera Justicia no se opone a la compasión; la incluye. Sabe que a veces lo justo es perdonar.

La Fortaleza es la virtud que nos da firmeza para resistir las dificultades y constancia para perseverar en el bien. Pero la Fortaleza mal entendida puede convertirse en obstinación, en una dureza que no sabe ceder ni adaptarse. La verdadera Fortaleza no es insensibilidad; es la capacidad de mantenerse entero sin endurecerse.

La Templanza es la virtud que modera nuestros apetitos y nos ayuda a usar los bienes de este mundo con equilibrio. Pero la Templanza mal entendida puede convertirse en represión, en una negación de los deseos que termina por deformarlos. La verdadera Templanza no niega el placer; lo ordena. No rechaza el mundo; lo habita con libertad interior.

Estas siete virtudes, con sus luces y sus sombras, son el tema de las páginas que siguen. Pero no las abordaré como abstracciones filosóficas ni como preceptos morales. Las abordaré a través de las vidas de siete hermanos que, cada uno a su manera, las han encarnado de forma ejemplar. Siete hombres de carne y hueso, con sus grandezas y sus fragilidades, que han hecho de su existencia un testimonio vivo de lo que significa buscar a Dios a través de la práctica virtuosa.

Fray Zósimo, Fray Ilán, Fray Gaspar, Fray Luciano, Fray Severino, Fray Rodrigo y Fray Eliseo. Siete nombres que para mí son mucho más que nombres. Son rostros, voces, gestos, silencios. Son conversaciones en el claustro al caer la tarde, miradas cruzadas durante el oficio divino, manos que se tienden en momentos de necesidad. Son, en definitiva, mis hermanos. Y como tales los presento en estas páginas.

No pretendo idealizarlos. La hagiografía tradicional, con su tendencia a pintar santos sin defectos, siempre me ha parecido una traición a la verdad

y, paradójicamente, una disminución de la santidad misma. Porque la santidad no consiste en no tener defectos, sino en luchar contra ellos. No consiste en no caer, sino en levantarse. Los hermanos que retrato aquí son hombres que han luchado, que han caído, que se han levantado. Hombres que han conocido la duda, el cansancio, la tentación. Y precisamente por eso, su testimonio tiene valor.

También hablaré del Prior Fabián, el hombre que gobierna nuestra comunidad y bajo cuya autoridad he servido todos estos años. El Prior es una figura compleja, como lo son todas las figuras de autoridad. Su presencia ha marcado la vida del convento de maneras que aún estoy intentando comprender. Pero de eso hablaré más adelante, cuando llegue el momento.

Escribo estas páginas desde mi celda, en las horas de silencio que siguen a completas, cuando el convento se sume en la quietud y solo se escucha el viento entre los cipreses. Escribo con la conciencia de que todo relato es parcial, de que mi mirada está condicionada por mi historia y mis limitaciones. Pero escribo también con la convicción de que hay verdades que deben ser dichas, aunque duelan, aunque incomoden, aunque nos obliguen a mirar lo que preferiríamos no ver.

Que estas páginas sean un homenaje a los hermanos que han dedicado su vida a buscar a Dios en este rincón de la Sierra Morena. Que sean también una meditación sobre las virtudes que sostienen esa búsqueda y sobre los peligros que la acechan. Y que sean, por último, un testimonio de lo que significa vivir en comunidad: con sus alegrías y sus conflictos, con sus luces y sus sombras, con su promesa de plenitud y su realidad de fragilidad.

Porque eso es Scala Coeli. Eso somos nosotros. Hombres que intentan subir una escalera hacia el cielo, peldaño a peldaño, virtud a virtud, caída tras caída. Hombres que saben que nunca llegarán a la cima por sus propias fuerzas, pero que confían en que hay una mano que los sostiene cuando tropiezan.

Esa confianza es, quizá, la mayor de todas las virtudes.

Y es la que me permite escribir estas líneas.

CAPÍTULO 1

FRAY ZÓSIMO: LA FE INQUEBRANTABLE

Desde mis primeros días en Scala Coeli, cuando aún caminaba por los pasillos con el desconcierto propio de quien busca su lugar entre hombres consagrados a Dios, descubrí que algunos hermanos no necesitan elevar la voz ni realizar actos extraordinarios para dejar una huella profunda en el espíritu ajeno. Fray Zósimo era uno de ellos. Su figura, siempre tranquila, parecía atravesar el claustro con la misma naturalidad con que el viento se deslizaba entre los cipreses, y aunque rara vez ocupaba el centro de nada, uno terminaba encontrándolo siempre donde el silencio era más denso y la

atención más necesaria. No imponía su presencia: simplemente estaba allí, como si la vida del convento no pudiera comprenderse del todo sin ese hombre de mirada clara y paso lento.

Lo reconocías en cualquier lugar del convento por el rosario de cuentas oscuras que siempre llevaba entre los dedos. No lo usaba ostentosamente, como hacen algunos que quieren ser vistos rezando. Lo llevaba casi escondido en el pliegue del hábito, y solo cuando creía que nadie lo observaba lo sacaba y lo pasaba entre los dedos con una lentitud que parecía medir el tiempo de otra manera. Una vez le pregunté por qué lo ocultaba, y su respuesta me dejó pensando durante días.

—La Fe no necesita testigos, Fray Lamberto —respondió con esa suavidad suya que nunca sonaba a reproche—. Necesita constancia. El rosario me recuerda que Dios está ahí aunque yo no lo sienta. Y eso es suficiente.

Me contó entonces que el rosario había pertenecido a su madre, una mujer de campo que nunca aprendió a leer pero que conocía cada misterio de memoria y los rezaba mientras trabajaba en el huerto, mientras cocinaba, mientras caminaba al pueblo. "Ella me enseñó", dijo Zósimo, "que la Fe no es un sentimiento. Es una costumbre sagrada. Se reza cuando se siente y cuando no se siente. Se reza cuando Dios parece cerca y cuando parece lejos. Se reza siempre". Desde entonces, cada vez que lo veía pasar las cuentas entre los dedos, entendía que no era un gesto mecánico: era la continuación de una herencia que él custodiaba con la misma seriedad con que otros custodian reliquias.

Yo era entonces un hermano joven, recién nombrado Subprior, lleno de dudas sobre mis capacidades y sobre la autenticidad de mi propia vocación. Cumplía las observancias, asistía a las horas litúrgicas, obedecía las órdenes del Prior, pero en mi interior me acompañaba la sensación persistente de estar a medio camino entre el mundo que había dejado y el que se suponía que abrazaba. Quizá por eso, desde el principio, la figura de Zósimo me intrigó tanto: él parecía haber resuelto, de una manera que yo no lograba alcanzar, esa tensión entre lo humano y lo divino que a mí me desgarraba a diario.

La primera vez que hablé con él ocurrió, como suele suceder con las cosas importantes, en un momento aparentemente insignificante. Era una mañana fría; el cielo tenía el color pálido de las telas lavadas demasiadas veces, y el aire cortaba la piel como un pequeño cuchillo invisible. Me habían enviado al huerto a revisar las plantas medicinales; mis manos, torpes todavía en el trato con la tierra, no encontraban la paciencia necesaria para distinguir qué debía podarse y qué merecía una oportunidad más. Mientras intentaba enderezar una estaca mal clavada, escuché pasos detrás de mí. Pensé que se trataría de un novicio rezagado.

No me volví hasta que oí su voz.

—Si se sostiene bien lo que nace —dijo—, crecerá recto.

Al levantar la cabeza lo vi inclinado sobre un rosal joven, con las manos apoyadas en la madera como si temiera hacerle daño. Hablaba con una suavidad que no era debilidad, sino algo más cercano a la reverencia.

—¿Lo dice por la planta, hermano? —pregunté.

Él alzó la vista. Sus ojos, de un color que la luz del invierno volvía casi transparente, se demoraron en los míos con una serenidad que desarmaba.

—Lo digo por usted, Fray Lamberto.

No hubo reproche ni ironía en su tono; tampoco consuelo fácil. Había, más bien, una constatación sencilla, como quien señala que el cielo está nublado o que la tierra está húmeda. Volvió su atención al rosal y yo me quedé allí, con la estaca en la mano, sintiendo que una parte de mi desasosiego había quedado al descubierto sin necesidad de preguntas.

A partir de ese día empecé a observarlo con mayor atención. Zósimo no era un hombre de grandes discursos. En el coro, su voz se confundía con la de los demás; en el refectorio, comía sin prisa pero sin distracción; en la sala capitular, escuchaba con los ojos bajos, como si las palabras de todos fueran semillas que debían encontrar su sitio antes de germinar. Sin embargo, había detalles que delataban una vida interior intensa. Su manera de persignarse, lenta y consciente; el modo en que, antes de responder a una pregunta, parecía consultar algo dentro de sí; la forma en que se inclinaba ligeramente al cruzarse con cualquier hermano, sin importar si se trataba de un anciano venerable o de un novicio recién llegado.

Fue durante esos primeros meses cuando presencié algo que me llamó la atención. Estábamos en la sala capitular, y Zósimo había hecho una observación sobre la distribución de tareas para la cosecha de otoño. Era una sugerencia sensata, expresada con su habitual humildad. El Prior Fabián lo interrumpió antes de que terminara.

—Gracias, hermano. Pero las decisiones las tomo yo.

El silencio que siguió fue denso, incómodo. Zósimo inclinó la cabeza y no dijo nada más. Pero lo que me llamó la atención no fue la brusquedad del Prior —que podía atribuirse al cansancio o a las presiones del cargo— sino la manera en que lo miró después, cuando creía que nadie lo observaba. Había en esa mirada algo que no supe nombrar entonces: no era enfado ni desprecio, era algo más frío, más contenido. Tal vez incomodidad ante una luz que no sabía recibir. Tal vez algo más.

No le di importancia en aquel momento. Lo atribuí a mi imaginación, a mi tendencia a buscar conflictos donde no los había. Pero aquella mirada se me quedó grabada, como esas pequeñas disonancias que uno percibe sin entender.

Una tarde encontré a Zósimo en la capilla mayor, después de vísperas. La luz del ocaso entraba por los vitrales y dibujaba en el suelo rectángulos de color que iban desvaneciéndose poco a poco. Él estaba de rodillas, un poco

apartado del resto de los bancos, con las manos entrelazadas y la cabeza inclinada. Me senté detrás, sin hacer ruido.

No sé cuánto tiempo pasó. La capilla fue quedándose en penumbra, los colores del vitral desaparecieron uno a uno, y las velas del sagrario empezaron a proyectar sombras largas sobre las paredes. Zósimo no se movió. Su inmovilidad no era rigidez: era algo más parecido a la quietud de una piedra en el fondo de un río, algo que permanece firme mientras todo fluye a su alrededor.

Cuando al fin se levantó, me vio sentado en el banco de atrás. No pareció sorprendido.

—Fray Lamberto —dijo—, ¿lleva mucho tiempo ahí?

—Un rato —respondí—. No quise interrumpirlo.

—No me interrumpe. La oración no es una conversación privada. Es una puerta abierta.

Caminamos juntos hacia el refectorio. El pasillo estaba oscuro, apenas iluminado por una antorcha al fondo. Le pregunté cómo hacía para rezar tanto tiempo sin distraerse.

—No rezo sin distraerme —respondió—. Me distraigo constantemente. La diferencia es que vuelvo. Siempre vuelvo. La Fe no es no caer: es levantarse.

—¿Y nunca duda? —pregunté, quizá con más intensidad de la que pretendía.

Se detuvo un momento antes de responder. Sus ojos buscaron los míos en la penumbra.

—Dudo todos los días, Fray Lamberto. Pero la duda no es lo contrario de la Fe. Es su compañera. Quien no duda no cree: repite. La Fe verdadera atraviesa la duda y sale del otro lado.

Aquella frase se me quedó grabada. Durante mucho tiempo había pensado que mis dudas eran señal de una vocación débil, de una fe insuficiente. Zósimo me enseñó que la duda puede ser, paradójicamente, un signo de profundidad. Que solo duda quien toma en serio lo que cree.

A medida que pasaban los meses, fui descubriendo otras facetas de su carácter. Zósimo tenía un sentido del humor sutil, casi imperceptible, que aparecía en momentos inesperados. Una vez, durante una comida especialmente silenciosa en el refectorio, un novicio dejó caer su plato con gran estruendo. Todos se volvieron hacia él, y el muchacho se puso rojo de vergüenza. En medio del silencio incómodo, Zósimo dijo en voz baja, pero lo suficientemente alta para que todos lo oyeran:

—Dios también aprecia el ruido de vez en cuando. Le recuerda que estamos despiertos.

La tensión se disolvió. El novicio sonrió, aliviado, y los demás volvimos a nuestras comidas con una ligereza que antes no estaba. Zósimo siguió

comiendo como si nada hubiera pasado, pero yo capté el brillo fugaz en sus ojos. Su bondad no era solemne: tenía espacio para la gracia.

También descubrí que Zósimo tenía una relación especial con los animales del convento. Los gatos que merodeaban por el claustro se acercaban a él sin temor, y más de una vez lo vi alimentar a los pájaros con migas de pan que guardaba del desayuno. Una mañana lo encontré en el huerto, hablando en voz baja con un mirlo que lo observaba desde una rama cercana.

—¿Le responde? —pregunté, medio en broma.

—A su manera —dijo él, sin volverse—. Los animales no mienten. Cuando se acercan, es porque confían. Y cuando confían, es porque han visto algo que los demás no ven.

No supe si se refería al pájaro o a otra cosa. Con Zósimo, las palabras siempre tenían más de una capa.

Hubo un período difícil en mi vida de Subprior, cuando las responsabilidades del cargo me abrumaban y empecé a considerar seriamente la posibilidad de renunciar. Las noches se me hacían largas, el sueño no venía, y durante el día caminaba por el convento con una sensación de peso que no lograba quitarme de encima. Intenté hablarlo con el Prior, pero sus respuestas fueron breves, casi impacientes, como si mis dudas fueran una molestia que no tenía tiempo de atender.

Fue Zósimo quien notó mi estado. Una noche, después de completas, me abordó en el corredor.

—Hermano —dijo—, lo veo caminar como quien carga piedras. ¿Puedo ayudarlo a soltar alguna?

No sé qué fue —tal vez el cansancio, tal vez la sencillez de su pregunta—, pero empecé a hablar. Le conté mis dudas sobre el cargo, mi sensación de no estar a la altura, mi miedo de estar fallando a la comunidad y a mí mismo. Él escuchó sin interrumpir, con esa atención suya que hacía sentir que las palabras importaban.

Cuando terminé, guardó silencio un momento. Luego dijo:

—Fray Lamberto, la Fe no es sentir que uno puede. Es actuar aunque sienta que no puede. Si usted esperara a sentirse capaz para ejercer su cargo, nunca lo ejercería. Nadie se siente capaz. La diferencia está en hacerlo de todos modos.

—¿Y si me equivoco?

—Se equivocará. Todos nos equivocamos. Pero el error no es el final: es el comienzo de algo que aún no entiende. Dios no le pide perfección. Le pide presencia.

Aquella conversación no resolvió mis problemas, pero cambió mi manera de mirarlos. Dejé de buscar una seguridad que no existe y empecé a aceptar que el cargo implicaba caminar a tientas, confiando en que el camino se iría

revelando paso a paso. Zósimo me enseñó que la Fe no es tener respuestas: es seguir adelante sin ellas.

Con el tiempo, noté que otros hermanos buscaban a Zósimo de la misma manera que yo lo había buscado. Lo veía conversar con novicios angustiados, con ancianos enfermos, con hermanos que atravesaban momentos de oscuridad. No daba consejos elaborados ni citaba largos pasajes de las Escrituras. Escuchaba, asentía, decía unas pocas palabras que parecían dar en el centro de lo que el otro necesitaba oír. Su presencia tenía un efecto calmante que no sé explicar.

Había en Zósimo una cualidad que tardé en nombrar pero que hoy reconozco como esencial: la capacidad de estar completamente presente. Cuando hablabas con él, sentías que no había nada más en su mente que lo que estabas diciendo. No miraba a otro lado, no parecía impaciente por terminar, no formulaba su respuesta mientras tú aún hablabas. Estaba ahí, contigo, en ese momento. Y esa presencia, tan rara en un mundo de distracciones, era en sí misma un don.

Una vez le pregunté cómo había llegado a esa serenidad que tanto admiraba. Estábamos sentados en el claustro, al atardecer, viendo cómo las golondrinas trazaban círculos sobre nuestras cabezas.

—No es serenidad —respondió—. Es práctica. Durante años fui un hombre ansioso, lleno de miedos y de preguntas que no me dejaban dormir. La Fe no me quitó los miedos: me enseñó a caminar con ellos.

—¿Cómo?

—Un paso a la vez. Cada día, elegir la confianza aunque todo en mí gritara lo contrario. Cada noche, soltar lo que no puedo controlar. No es que el miedo desaparezca. Es que deja de ser el que manda.

Aquella confesión me reveló que la Fe de Zósimo no era un don natural ni un temperamento apacible. Era una conquista, el resultado de años de esfuerzo interior. Y eso, lejos de disminuir su mérito, lo aumentaba. Su serenidad no era la de quien no conoce la tormenta: era la de quien la ha atravesado muchas veces y ha aprendido a navegar.

Hubo muchas otras conversaciones, muchos otros momentos en que su presencia me enseñó algo que los libros no podían enseñar. Pero hay uno que guardo con especial cariño. Fue una noche de invierno, cuando la nieve cubría el patio y el frío se colaba por todas las rendijas. Yo estaba en la capilla, solo, intentando rezar pero sin conseguirlo. Mi mente daba vueltas sobre un problema administrativo que me tenía preocupado, y por más que intentaba concentrarme, las palabras del oficio me sonaban vacías.

Zósimo entró sin hacer ruido y se arrodilló a mi lado. No dijo nada. Simplemente estuvo ahí, rezando en silencio, con su rosario entre los dedos. No sé cuánto tiempo pasó —tal vez media hora, tal vez más—, pero en algún momento sentí que mi agitación se calmaba. No porque el problema se hubiera resuelto, sino porque la presencia de Zósimo me

recordaba que había algo más grande que mis preocupaciones, algo que no dependía de mí.

Cuando se levantó para irse, lo detuve.

—Gracias, hermano —le dije.

—¿Por qué?

—Por estar aquí.

Sonrió con esa sonrisa suya, leve pero luminosa.

—Para eso estamos todos, Fray Lamberto. Para recordarnos unos a otros que no estamos solos.

Se fue, dejándome con una paz que no había sentido en días. Y entonces entendí algo que tal vez ya sabía pero que no había formulado con claridad: que la Fe no es solo creer en Dios, sino creer en los demás como presencias de Dios. Que la comunidad no es solo un grupo de hombres que viven juntos, sino una red de almas que se sostienen mutuamente. Que Zósimo, con su silencio y su rosario de cuentas oscuras, es para mí una de esas presencias que hacen visible lo invisible.

Hoy, al escribir estas líneas, miro por la ventana de mi celda y veo el huerto donde lo conocí aquella mañana de invierno. Los rosales han crecido, las estacas que entonces me costaba clavar ahora sostienen plantas robustas que dan flores cada primavera. El tiempo ha pasado, y Scala Coeli sigue siendo lo que siempre ha sido: un lugar donde hombres imperfectos intentan acercarse a una perfección que los excede.

Fray Zósimo sigue siendo, para mí, el ejemplo más claro de lo que significa vivir con Fe. No una Fe de certezas ni de respuestas fáciles, sino una Fe de constancia, de presencia, de pasos dados en la oscuridad confiando en que el suelo estará ahí. Su rosario de cuentas oscuras, heredado de su madre, sigue pasando entre sus dedos cada día, recordándole —y recordándonos a todos— que Dios está ahí aunque no lo sintamos.

Si alguna vez vi la Fe hecha carne y gesto, la veo en él. Y si alguna vez aprendí lo que significa creer, fue gracias a su ejemplo. Fray Zósimo no necesita palabras rimbombantes ni actos exaltados. Le bastan su silencio, su rosario y su manera de estar. A veces pienso que él es, más que nadie, la razón por la que este convento sigue siendo un lugar donde vale la pena buscar a Dios.

Que estas páginas honren su presencia entre nosotros y nos recuerden que la Fe verdadera no es la que se exhibe, sino la que se vive en silencio, día tras día, cuenta tras cuenta, paso tras paso.

CAPÍTULO 2

FRAY ILÁN: LA ESPERANZA QUE NOS SOSTIENE

Si la Fe de Zósimo era la piedra sobre la que se asentaba nuestra comunidad, la Esperanza de Fray Ilán era la luz que entraba por las

ventanas y hacía habitable lo que de otro modo habría sido solo piedra fría. Desde el primer día que lo conocí, sentí que había en él algo que no encontraba en los demás hermanos: una capacidad de mirar hacia adelante con confianza, incluso cuando el presente ofrecía pocas razones para ello. No era optimismo ingenuo ni negación de la realidad. Era algo más profundo, más arraigado, como si Ilán conociera un secreto sobre el futuro que los demás ignorábamos.

Lo reconocías en cualquier parte del convento por el pañuelo verde que siempre llevaba doblado en el bolsillo del hábito. No era un objeto litúrgico ni tenía significado oficial alguno. Era, según me contó una vez con la voz levemente quebrada, el único recuerdo que conservaba de su hermana menor, muerta cuando él tenía trece años. Ella lo había bordado para él antes de enfermar, con un hilo verde que había encontrado en el costurero de su madre. Ilán lo guardaba no como reliquia de dolor sino como recordatorio de que el amor sobrevive a la muerte, y de que por tanto hay siempre razones para esperar. A veces, cuando lo veía acariciar ese pañuelo con el pulgar mientras hablaba con algún hermano afligido, entendía que su Esperanza no era ingenua: estaba construida sobre una pérdida que él había transformado en fundamento.

Yo solía conversar con él tarde o temprano todos los días, sin que jamás se tratara de un encuentro concertado. Él aparecía donde la comunidad lo necesitaba y, sin darse cuenta, también donde yo necesitaba recordarme que la fe sin esperanza se marchita con rapidez. Tal vez por eso nuestra amistad fue creciendo sin que ni él ni yo nos lo propusiéramos. Fue una amistad silenciosa, tejida con confidencias breves y gestos que, aunque modestos, tenían la fuerza suficiente para sostenerme en los momentos en que mis pensamientos se volvían sombríos.

Ilán había sido huérfano desde niño, detalle que nunca mencionaba a no ser que se le preguntara directamente. Su infancia había estado marcada por ausencias más que por presencias, por pérdidas más que por conquistas. Y sin embargo, lejos de tornarlo un hombre desconfiado del mundo, aquella historia lo había vuelto especialmente sensible al sufrimiento ajeno. A menudo lo encontraba sentado junto a un hermano enfermo, escuchando sin prisa los balbuceos de quienes ya no podían expresarse con claridad. No ofrecía consejos ni soluciones. Simplemente estaba ahí, con esa presencia suya que bastaba para que el otro se sintiera menos solo.

—La escucha también es un consuelo —me dijo una tarde en que lo observé acompañar a un anciano que llevaba días sumido en un silencio que rozaba la desesperación.

—Pero usted apenas ha dicho una palabra —respondí.

—A veces —contestó— la Esperanza no necesita hablar. Basta con quedarse aquí.

Era ese modo suyo, tan ajeno a todo dramatismo, el que hacía de él un faro para los demás. Nunca forzaba conversaciones ni invadía espacios íntimos;

pero su presencia, incluso silenciosa, lograba devolver a muchos de los hermanos una calma que ni la oración más disciplinada conseguía producir.

Una mañana fría, mientras recogíamos leña detrás de la cocina, lo vi detenerse de pronto y cerrar los ojos. Pensé que un mareo lo había sorprendido.

—¿Se encuentra bien, hermano? —pregunté, preocupado.

Él respiró hondo y abrió los ojos con serenidad.

—Sí. Solo escuché algo.

—¿Algo? ¿El viento?

—No. Un pensamiento.

Lo miré sin entender.

—Hablaba con Dios —añadió con naturalidad—. Me recordaba que el ánimo se cuida igual que se cuida el fuego en invierno.

Luego se inclinó a recoger un tronco como si nada hubiera ocurrido. Para él, el diálogo interior con Dios era algo tan cotidiano como el trabajo manual, y eso hacía que sus palabras nunca sonaran forzadas o pretenciosas.

Pero hubo un momento en que vi flaquear su Esperanza, y ese momento me enseñó más que todos sus consejos juntos. Fue durante una temporada particularmente difícil, cuando una enfermedad se llevó a tres hermanos ancianos en cuestión de semanas. Ilán los había acompañado a todos en sus últimas horas, sosteniendo sus manos, rezando junto a ellos, ayudando a preparar sus cuerpos después de la muerte. Lo hizo con la serenidad de siempre, pero yo notaba que algo se iba acumulando en él, un peso que no lograba soltar.

Una noche lo encontré sentado en el huerto, solo, con la cabeza entre las manos y el pañuelo verde apretado en el puño. Me acerqué sin decir nada y me senté a su lado. Pasaron varios minutos antes de que hablara.

—A veces me canso, Lamberto —dijo sin levantar la vista—. A veces miro hacia adelante y no veo nada. Solo más despedidas. Solo más ausencias.

—¿Y qué hace entonces? —pregunté.

—Espero a que pase.

—¿Y si no pasa?

Levantó la cabeza y me miró. Sus ojos estaban húmedos, pero no había en ellos derrota. Había algo más parecido a la determinación de quien conoce el camino aunque esté oscuro.

—Entonces sigo esperando. La Esperanza no es sentir que todo está bien. Es seguir caminando aunque todo esté mal.

Aquella noche comprendí que la Esperanza de Ilán no era ingenua ni ciega. Era una conquista diaria contra la oscuridad que él conocía tan bien como cualquiera de nosotros. Y precisamente por eso era verdadera.

Ilán tenía también una relación cercana con Fray Gaspar, el enfermero del convento. Los veía juntos con frecuencia, trabajando en la enfermería o conversando en el claustro después de vísperas. Había entre ellos una complicidad silenciosa, como de hermanos que no necesitan palabras para entenderse. Gaspar curaba los cuerpos; Ilán sostenía las almas. Juntos formaban un equipo que aliviaba el sufrimiento de la comunidad de maneras que se complementaban perfectamente.

Una vez le pregunté por esa amistad.

—Gaspar ve el dolor presente —me dijo—. Yo intento ver el alivio que viene después. Él trabaja con las manos; yo trabajo con la mirada. Pero los dos hacemos lo mismo: acompañar.

—¿Y no se cansan de tanto sufrimiento?

—Nos cansamos —admitió—. Pero luego nos levantamos. Eso es lo que hacemos aquí.

Esa capacidad de levantarse, una y otra vez, era lo que más admiraba de él.

Había en Fray Ilán una capacidad extraordinaria para reconocer cuándo alguien necesitaba ser sostenido. Una vez, durante la comida, notó que uno de los novicios apenas probaba bocado y miraba fijamente su plato con los ojos enrojecidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz baja.

El joven negó con la cabeza.

—Nada, hermano.

—El "nada" pesa —dijo Ilán—. Y más cuando uno lo carga solo.

El novicio rompió entonces en un llanto silencioso que intentó ocultar inclinando la cabeza. Ilán no se inmutó. Colocó su mano sobre el hombro del muchacho, solo un instante, y luego continuó comiendo en silencio. Podría parecer un gesto mínimo, pero yo vi claramente cómo el rostro del joven se relajaba, como si hubiera recibido un alivio mucho más grande que cualquier palabra.

—Usted sabe acercarse a ellos —le dije más tarde, cuando nos encontramos en el patio.

—No es acercarse —respondió—. Es dejar que el otro venga. La Esperanza no empuja; abre un lugar.

En los últimos meses he notado que Ilán pasa más tiempo con Fray Rodrigo, el hermano que fue soldado. Los veo caminar juntos por la explanada que rodea el convento, conversando en voz baja con una intensidad que no es habitual entre ellos. Me parece extraño porque son hombres muy distintos: Ilán luminoso y abierto, Rodrigo callado y marcado por cicatrices que no son solo físicas.

—¿De qué hablan ustedes dos? —le pregunté una tarde, movido por la curiosidad.

—Del futuro —respondió Ilán, y su voz tenía un matiz que no le había escuchado antes.

—¿Del futuro?

—Rodrigo carga sombras del pasado que a veces lo oscurecen. Yo intento ayudarlo a mirar hacia adelante, a encontrar algo que esperar.

—¿Y lo logra?

—A veces. La Esperanza es contagiosa, Fray Lamberto. Pero hay que estar dispuesto a recibirla.

Aquella respuesta me hizo pensar en cuántos de nosotros cargamos sombras que no mostramos, y en cuánto necesitamos a alguien como Ilán que nos recuerde que el futuro no tiene por qué ser igual al pasado.

Hubo una conversación con él que guardo como una de las más reveladoras. Fue una tarde de primavera, cuando los almendros del huerto estaban en flor y el aire olía a algo que no sé nombrar pero que siempre asocio con la renovación. Le pregunté cómo hacía para mantener la Esperanza cuando todo parecía ir mal.

—No la mantengo —respondió—. La recupero. Cada día. A veces cada hora. La Esperanza no es algo que se tiene y se guarda. Es algo que se pierde y se encuentra, que se cae y se levanta.

—Parece agotador.

—Lo es —admitió con una sonrisa—. Pero la alternativa es peor. La alternativa es dejar de mirar hacia adelante. Y cuando uno deja de mirar hacia adelante, empieza a morir.

—¿Y de dónde saca fuerzas para seguir buscándola?

Ilán sacó el pañuelo verde del bolsillo y lo miró un momento.

—De mi hermana —dijo—. Ella murió esperando curarse. Hasta el último día creyó que mejoraría. Yo estuve con ella, vi cómo se iba apagando, pero también vi que nunca dejó de esperar. Algunos dirían que su esperanza era falsa, que se engañaba a sí misma. Pero yo vi otra cosa. Vi que la esperanza la sostuvo hasta el final. Que la hizo vivir cada día que le quedaba. Que la muerte no le robó eso.

—¿Y usted no se enojó con Dios cuando ella murió?

—Me enojé mucho —dijo—. Durante años. Pero luego entendí algo. La Esperanza no es esperar que las cosas salgan bien. Es esperar que tengan sentido. Y el sentido a veces llega después, mucho después, cuando uno ya no lo busca.

Aquella distinción —entre esperar que las cosas salgan bien y esperar que tengan sentido— cambió mi manera de entender la Esperanza. No se trata de optimismo. Se trata de confianza en que, de alguna manera que no siempre podemos ver, todo forma parte de algo más grande.

La relación de Ilán con el Prior es cordial pero distante. He notado que el Prior rara vez le dirige la palabra directamente, y cuando lo hace es con una brevedad que roza la descortesía. Ilán no parece ofendido por esto; lo acepta con la misma serenidad con que acepta todo lo demás. Pero a veces me pregunto si esa distancia no oculta algo. El Prior parece incómodo ante los hermanos que tienen cualidades que él no posee. Y la Esperanza de Ilán, tan visible y tan natural, podría ser una de esas cualidades que lo incomodan.

Una vez le pregunté a Ilán si había notado esa distancia.

—La he notado —dijo—. Pero no me corresponde juzgarla. Cada hombre tiene sus batallas internas. Y a veces las batallas más duras son las que se libran contra uno mismo.

—¿Cree que el Prior libra una batalla así?

—Creo que todos la libramos —respondió—. El Prior no es distinto de nosotros. Solo que su cargo lo hace más visible.

Aquella respuesta me pareció generosa, quizá demasiado. Pero así era Ilán: incapaz de ver mal en los demás, incluso cuando los demás le daban razones para verlo.

Hubo una tarde en que tuvimos una conversación que se quedó grabada en mi memoria. Estábamos en la biblioteca, ordenando manuscritos antiguos, y le pregunté qué creía que pasaría con el convento en los próximos años.

—Crecerá —dijo sin dudar—. O cambiará. O ambas cosas. Pero seguirá aquí. Los lugares como Scala Coeli no desaparecen. Se transforman.

—¿Y los hermanos?

—Los hermanos somos pasajeros. Estamos aquí un tiempo, hacemos lo que podemos, y luego dejamos el lugar a otros. Pero lo que hacemos aquí permanece. Las oraciones, el trabajo, la comunidad. Eso no se va con nosotros.

—Usted siempre ve el lado luminoso de las cosas —dije, no sin cierta ironía.

—No siempre —respondió—. Pero intento buscarlo. Porque el lado oscuro no necesita que lo busquen. Viene solo.

Aquella frase me hizo sonreír, pero también me dejó pensando. Ilán no negaba la oscuridad. Simplemente elegía no quedarse en ella.

Hoy, al escribir estas líneas, pienso en lo que Fray Ilán representa para nuestra comunidad. Es el hermano que sostiene, el que acompaña, el que recuerda que siempre hay algo por lo que esperar. Su pañuelo verde, heredado de una hermana que murió esperando, es el símbolo de una Esperanza que no niega el dolor pero tampoco se deja vencer por él.

Si la Fe de Zósimo es la piedra, la Esperanza de Ilán es la luz. Y sin luz, incluso la piedra más sólida es solo un lugar frío y oscuro. Ilán nos recuerda que la vida monástica no es solo disciplina y renuncia. Es también confianza

en que lo que hacemos tiene sentido, en que el futuro guarda algo que vale la pena esperar.

Que estas páginas honren su presencia entre nosotros. Que recuerden al hombre que sabe quedarse junto al que sufre, que sabe mirar hacia adelante cuando todo parece detenido, que sabe encontrar luz donde otros solo ven sombras. Fray Ilán encarna la Esperanza como pocos. Y su ejemplo nos enseña que esperar no es ingenuidad: es valentía.

CAPÍTULO 3

FRAY GASPAR: CARIDAD EN CARNE Y HUESO

De todos los hermanos que habitan Scala Coeli, ninguno encarna con mayor claridad el mandamiento del amor al prójimo que Fray Gaspar. Desde que lo conocí, hace ya tantos años que he perdido la cuenta, he visto en él una disposición al servicio que no parece costarle esfuerzo, aunque sé que le cuesta, y mucho. Es el enfermero del convento, el hombre que cuida los cuerpos de quienes han entregado su vida a cuidar el alma. Pero su labor va mucho más allá de ungüentos y vendajes. Gaspar cura con las manos, sí, pero también con la presencia, con la escucha, con esa manera suya de inclinarse sobre el que sufre como si no existiera nada más en el mundo.

Lo reconocías en cualquier lugar del convento por el morral de cuero que siempre llevaba colgado del hombro, un morral gastado por el uso, con las costuras remendadas varias veces y manchas que ningún lavado lograba quitar. Dentro guardaba sus instrumentos: frascos de hierbas, vendas limpias, un pequeño cuchillo para cortar, ungüentos que él mismo preparaba en la botica con recetas aprendidas de un viejo herbolario que conoció en su juventud. El morral era su compañero inseparable, y Gaspar lo llevaba con la misma naturalidad con que otros llevan el rosario. Una vez le pregunté por qué no lo dejaba en la enfermería, donde sería más fácil encontrarlo.

—Porque la enfermedad no avisa —respondió—. Y la Caridad tampoco debería hacerlo.

Me contó entonces que el morral había pertenecido a su padre, un médico rural que recorría los pueblos de la sierra atendiendo a quienes no podían pagar un doctor de ciudad. "Mi padre nunca rechazó a nadie", dijo Gaspar. "Curaba a ricos y a pobres, a buenos y a malos, a los que le pagaban y a los que no tenían con qué. Y siempre llevaba este morral. Decía que un médico sin sus herramientas es solo un hombre que mira. Pero un médico con ellas es un hombre que puede cambiar algo". Desde entonces, cada vez que veía a Gaspar cruzar el claustro con su morral al hombro, entendía que no era solo un enfermero: era la continuación de una vocación heredada, un eslabón en una cadena de servicio que venía de lejos.

Gaspar había aprendido el oficio de curar no en universidades ni en hospitales, sino en los caminos polvorientos que recorría con su padre

cuando era niño. Conocía las hierbas por sus nombres populares antes de saber sus nombres latinos, y sabía leer el dolor en un rostro antes de que el enfermo dijera una palabra. Esa formación práctica, nacida del contacto directo con el sufrimiento, le daba una sabiduría que no se encuentra en los libros. Sabía cuándo una herida necesitaba aire y cuándo necesitaba vendaje, cuándo un enfermo necesitaba medicina y cuándo necesitaba compañía. Y sabía, sobre todo, que a veces no hay nada que hacer excepto estar ahí.

Recuerdo la primera vez que lo vi trabajar. Yo llevaba pocos meses en el convento, y una fiebre alta me había tumbado en el catre durante días. Gaspar venía a mi celda varias veces al día, me tomaba el pulso, me mojaba la frente con paños frescos, me hacía beber infusiones amargas que yo tragaba con esfuerzo. Pero lo que más recuerdo no son las medicinas: es su manera de estar. No me hablaba mucho, pero tampoco me dejaba solo. Se sentaba junto a mi cama, a veces en silencio, a veces murmurando oraciones que yo apenas escuchaba. Y su presencia, más que cualquier ungüento, me hacía sentir que iba a mejorar.

Una tarde, cuando la fiebre empezaba a ceder, le pregunté por qué había elegido ser enfermero.

—No lo elegí —respondió—. Me eligió a mí. Cuando era joven, quise ser sacerdote. Pero Dios tenía otros planes. Me puso delante un hombre herido en el camino, y en lugar de pasar de largo, me detuve. Y desde entonces no he podido pasar de largo.

—¿Se refiere al buen samaritano?

Sonrió con esa sonrisa suya, leve y un poco triste.

—Me refiero a la vida, Fray Lamberto. La vida nos pone heridos en el camino. Y tenemos que elegir: o los vemos, o miramos hacia otro lado. Yo elegí verlos. Y una vez que empiezas a ver, ya no puedes dejar de hacerlo.

Aquella respuesta me impresionó por su sencillez. Gaspar no hablaba de grandes vocaciones ni de llamados místicos. Hablaba de algo mucho más concreto: de un hombre herido y de la decisión de no ignorarlo. La Caridad, para él, no era un concepto abstracto. Era un acto repetido cada día, cada vez que alguien necesitaba ayuda.

Pero Gaspar no era un santo de estampa. Tenía también sus momentos de oscuridad, sus luchas internas que rara vez mostraba pero que existían como en cualquier hombre. Una noche lo encontré en la capilla, no rezando sino simplemente sentado en uno de los bancos del fondo, con la cabeza apoyada en las manos. Me acerqué con cautela, temiendo interrumpir algo íntimo.

—¿Está usted bien, hermano?

Tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz era más ronca de lo habitual.

—Hoy perdí a uno —dijo—. El hermano Anselmo. Hice todo lo que pude, pero no bastó. Nunca basta.

—Eso no es culpa suya. Usted hizo lo que estaba en sus manos.

—Lo sé —respondió—. Pero saberlo no quita el peso. A veces me pregunto si sirve de algo lo que hago. Si no estaré simplemente retrasando lo inevitable, prolongando el sufrimiento en lugar de aliviarlo.

—¿Y qué responde cuando se hace esa pregunta?

Levantó la cabeza y me miró con ojos enrojecidos por el cansancio y quizá por lágrimas que no había dejado caer.

—Que incluso retrasar el dolor es un acto de amor. Que incluso acompañar la muerte es un acto de vida. Pero hay noches en que eso no basta, Lamberto. Hay noches en que la Caridad se siente vacía, como un pozo del que has sacado demasiada agua.

Aquella confesión me reveló que detrás de su serenidad había un hombre que luchaba, que dudaba, que sentía el peso de lo que hacía. Y eso, lejos de disminuirlo, me hizo respetarlo aún más. Su Caridad no era fácil ni automática. Era una elección que se renovaba cada día, especialmente en los días difíciles.

La relación entre Gaspar y Fray Severino, el hermano que encarna la Justicia, es compleja y a veces tensa. Los veo discutir con frecuencia, siempre en voz baja pero con una intensidad que se siente en el aire. Una tarde presencié una de esas discusiones en el corredor de la enfermería, y me detuve a escuchar desde la sombra de un arco.

—No puedes seguir dándole el medicamento —decía Severino con su habitual firmeza—. Se lo está pidiendo solo para evadir el dolor, no para curarse. Es injusto para los demás que lo necesitan de verdad.

—La Justicia no puede medirse en gotas, Severino —respondió Gaspar sin alzar la voz pero sin ceder un ápice—. Ese hombre sufre. Mi deber es aliviarlo.

—Tu deber es ser justo con todos, no solo con el que tienes delante. Si das a uno más de lo que le corresponde, se lo quitas a otro.

Se miraron un momento en silencio, y la tensión entre ellos era casi visible.

—Si tengo que elegir entre ser justo y ser compasivo —dijo Gaspar al fin—, elijo ser compasivo. La Justicia sin misericordia es crueldad disfrazada.

Severino no respondió. Se dio la vuelta y se marchó con pasos rígidos. Yo me quedé observando a Gaspar, que volvió a la enfermería sin decir nada más, con el morral de cuero colgado del hombro como siempre. Aquella escena me enseñó que las virtudes, aunque todas buenas, pueden entrar en tensión entre sí. Y que Gaspar había elegido su camino con una claridad que no admitía dudas.

Con el tiempo, noté que Gaspar poseía un don particular para detectar dolor allí donde nadie más veía nada. No hablo de dolores físicos, sino de esos dolores silenciosos que carcomen el alma de un hombre sin que él mismo se dé cuenta. Muchas veces, después de las comidas, veía a Gaspar

acercarse a un hermano silencioso, a un novicio que parecía angustiado o a un anciano que comía sin apetito. No preguntaba qué ocurría. Se sentaba a su lado. Esperaba. Y tarde o temprano, el otro comenzaba a hablar.

Una vez, tras ver cómo consolaba a un joven novicio que lloraba en silencio, me acerqué a él.

—Hermano —le dije—, ¿cómo sabe usted cuándo alguien necesita ayuda?

Él siguió mirando al muchacho, que poco a poco recuperaba la calma.

—Porque yo también necesité ayuda y nadie me la pidió —respondió—. La Caridad es escuchar lo que no se dice.

Esa noche me quedé pensando en esa frase durante horas. Jamás hubiera imaginado que la Caridad tuviera algo que ver con la memoria del propio sufrimiento. Y sin embargo, allí estaba: una verdad tan profunda como la luz que entraba por los vitrales cuando el sol se ponía.

Una tarde, mientras limpiábamos instrumentos en la enfermería, Gaspar me dijo algo que me llamó la atención.

—Hermano Lamberto, hay inquietudes en este convento que no vienen del cuerpo.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

Gaspar dejó reposar un frasco en la mesa y me miró con una seriedad que no le había visto antes.

—Hay tensiones que no deberían estar en un lugar consagrado. No tengo aún claridad, no podría señalar nada concreto. Pero algo se mueve en los ánimos. Lo siento cuando curo a los hermanos, cuando los toco. Hay una preocupación que no es solo cansancio.

—¿En cuáles hermanos?

Miró al suelo un instante antes de responder.

—En varios. Y no sé qué lo causa. Tal vez sean solo mis imaginaciones.

No supe qué responder. Gaspar nunca hablaba de más. Si decía algo así, era porque lo había percibido en lo profundo, con esa sensibilidad suya que iba más allá de lo físico. Pero en ese momento yo no quise preocuparme. Él no insistió. La Caridad también sabe callar cuando la verdad necesita madurar.

Quizás la enseñanza más profunda que he recibido de él ocurrió en silencio, sin palabras. Una madrugada, cuando tratábamos de aliviar la respiración de un hermano moribundo, Gaspar tomó su mano y comenzó a rezar en voz baja. El rostro del enfermo, que había estado crispado durante horas, se relajó poco a poco hasta adquirir una serenidad que parecía venir de otro lugar.

—Hermano —le pregunté al salir—, ¿no teme usted a la muerte?

Gaspar tardó en responder. Caminamos unos pasos en silencio antes de que hablara.

—No le temo a la muerte justa —dijo—. Le temo a la muerte sin amor. A esa que llega cuando uno ha vivido sin darse.

—¿Y usted siente que se ha dado lo suficiente?

Sonrió con esa sonrisa suya que nunca es del todo alegre.

—Nadie se da lo suficiente. Pero Dios completa lo que falta.

Esa frase, que escuché apenas como un murmullo en el corredor oscuro, me acompaña desde entonces. En Gaspar no hay orgullo ni falsa humildad. Hay una certeza tranquila de que la Caridad no es perfección, sino camino. Un camino que se recorre paso a paso, herida tras herida, vida tras vida.

He notado que la relación de Gaspar con el Prior es distante, casi fría. El Prior rara vez visita la enfermería, y cuando lo hace es con prisa, como si el lugar lo incomodara. Gaspar no parece ofendido por esto, pero una vez me hizo un comentario que se me quedó grabado.

—El Prior evita el sufrimiento ajeno —dijo mientras preparaba un ungüento —. No por crueldad, sino por miedo. Hay hombres que no soportan ver el dolor porque les recuerda el suyo propio.

—¿Cree que el Prior sufre?

—Creo que todos sufrimos —respondió—. La diferencia está en qué hacemos con ese sufrimiento. Algunos lo transforman en compasión. Otros lo transforman en otra cosa.

No dijo qué era esa "otra cosa", pero el tono de su voz sugería que no era algo bueno. Me quedé pensando en esas palabras durante días.

Gaspar tiene también una relación estrecha con Fray Ilán, el hermano que encarna la Esperanza. Los veo juntos con frecuencia, trabajando en la enfermería o conversando en el claustro. Hay entre ellos una complicidad que me parece hermosa: Gaspar cura los cuerpos, Ilán sostiene las almas, y entre los dos forman un equipo que alivia el sufrimiento de maneras que se complementan perfectamente.

Una vez le pregunté a Gaspar por esa amistad.

—Ilán me recuerda por qué hago lo que hago —dijo—. Cuando pierdo a un paciente, cuando la Caridad se siente inútil, él me recuerda que hay algo después del dolor. Que el sufrimiento no es el final.

—¿Y usted qué le da a él?

—Compañía —respondió—. Y a veces eso es suficiente.

Hoy, al escribir estas líneas, entiendo lo que Gaspar significa para Scala Coeli. Él es la memoria viva del amor silencioso que sostiene una comunidad. Es un hombre capaz de encontrar luz incluso en la fragilidad ajena, un hombre en quien Dios parece descansar un instante más largo que en los demás. Su morral de cuero gastado es el símbolo de una Caridad siempre dispuesta, siempre atenta, siempre preparada para servir.

Si alguna vez veo la Caridad hecha carne y gesto, la veo en él. Y si alguna vez entiendo lo que significa amar sin esperar nada a cambio, es por ser testigo de su vida. Gaspar no necesita palabras rimbombantes ni actos exaltados. Le bastan sus manos, su silencio y su forma de mirar. A veces, me pregunto si no es él quien, sin saberlo, mantiene unido el espíritu de nuestro convento, cosiendo las heridas invisibles que todos cargamos.

Que estas páginas honren su presencia entre nosotros y nos enseñen que la Caridad verdadera no es la que se exhibe, sino la que se entrega en silencio, día tras día, herida tras herida, hasta que las fuerzas alcancen.

CAPÍTULO 4

FRAY LUCIANO: PRUDENCIA QUE INCOMODA

Si alguna vez ha habido en Scala Coeli un hombre capaz de leer el tiempo antes de que éste se manifieste, ése es Fray Luciano. No hablo de profecías ni de visiones místicas, sino de esa cualidad rara y a menudo incómoda que algunos llaman prudencia y que yo, con el paso de los años, he aprendido a reconocer como una forma de amor exigente. Luciano ve lo que otros no quieren ver, dice lo que otros no se atreven a decir, y carga con el peso de una claridad que no siempre es bienvenida. Su Prudencia no es cautela ni timidez: es una forma de mirar el mundo con los ojos bien abiertos, aunque lo que se vea no sea agradable.

Lo reconocías en cualquier lugar del convento por el reloj de bolsillo que siempre llevaba consigo, un reloj antiguo de plata con la tapa grabada y el cristal ligeramente rayado. No lo consultaba con frecuencia, pero cuando lo hacía era con un gesto preciso, casi ritual, como si el tiempo fuera algo que merecía respeto. Una vez le pregunté por qué llevaba reloj cuando el convento se regía por las campanas y los oficios.

—Las campanas marcan el tiempo de la comunidad —respondió—. Pero el reloj marca el mío. Me recuerda que cada momento es único, que no vuelve, y que por tanto cada decisión importa.

Me contó entonces que el reloj había pertenecido a su abuelo, un hombre de negocios que perdió todo por una decisión precipitada y pasó el resto de su vida arrepintiéndose. "Antes de morir", dijo Luciano, "me dio este reloj y me hizo prometer que nunca tomaría una decisión importante sin pensar primero en sus consecuencias. Que nunca confundiría la urgencia con la importancia". Desde entonces, cada vez que lo veía consultar ese reloj, entendía que no era vanidad ni obsesión por la puntualidad: era un recordatorio de que la Prudencia es, ante todo, el arte de pensar antes de actuar.

Luciano había crecido en una familia numerosa donde las decisiones se tomaban a gritos y las consecuencias se padecían en silencio. Su padre era un hombre impulsivo que actuaba primero y pensaba después, y su madre

pasaba la vida intentando reparar los daños que esa impulsividad causaba. Aquella infancia caótica lo marcó profundamente.

—Aprendí muy joven —me dijo una tarde mientras caminábamos por el claustro— que las palabras dichas sin pensar hacen más daño que las espadas. Por eso me prometí no abrir la boca hasta estar seguro de lo que iba a decir.

—¿Y nunca se equivoca?

—Siempre me equivoco —respondió con una media sonrisa—. Pero al menos sé por qué. Y eso me permite corregir.

Esa honestidad brutal consigo mismo es lo que más admiro de él. Luciano no pretende ser infalible; pretende ser consciente. Y esa conciencia lo hace percibir movimientos sutiles en el ánimo de la comunidad que a los demás nos pasan inadvertidos.

Lo conocí cuando aún era un hermano joven, recién nombrado Subprior. Atravesaba entonces un momento difícil, una de esas encrucijadas en que uno debe elegir entre dos caminos y ambos parecen igualmente válidos —o igualmente arriesgados—. No recuerdo exactamente cuál era el dilema, pero sí recuerdo la angustia que me causaba, la sensación de que cualquier decisión que tomara sería la equivocada. Había consultado al Prior, pero sus respuestas habían sido vagas, más preocupadas por no comprometerse que por orientarme. Alguien me sugirió que hablara con Luciano, aunque me advirtió que podía ser demasiado directo, demasiado cauteloso, demasiado lento para actuar.

Lo encontré en la biblioteca, inclinado sobre un códice antiguo. La luz de la tarde entraba por las ventanas altas y dibujaba rectángulos dorados sobre las mesas de madera. Al exponerle mi dilema, no respondió de inmediato. Se quitó los anteojos, los limpió con el borde de su hábito y me miró con una atención que me hizo sentir que mi pregunta era la más importante del mundo.

—Hermano —dijo al fin—, antes de elegir entre dos caminos, asegúrese de que ambos conduzcan adonde usted cree.

—No entiendo —respondí.

—Usted me pregunta cuál opción es mejor. Pero no me ha dicho para qué. La prudencia no elige entre lo bueno y lo malo: elige entre lo bueno y lo mejor. Y para eso necesita saber qué se busca.

Aquella respuesta me desconcertó. Yo esperaba una solución; él me devolvía una pregunta. Pero con el tiempo comprendí que ése es precisamente su modo de enseñar. Luciano no resuelve problemas ajenos: ayuda a que cada uno encuentre la raíz de los suyos.

A partir de ese día busqué su compañía con frecuencia. No siempre es fácil. Luciano tiene una manera de hablar que puede resultar cortante para quien no lo conoce bien. No adorna sus palabras ni las suaviza con fórmulas de cortesía. Dice lo que piensa, y lo piensa mucho antes de decirlo. Esa

combinación —franqueza y reflexión— lo convierte en un interlocutor valioso, pero también en uno que muchos prefieren evitar.

Con el tiempo, noté que Luciano ocupa un lugar particular en la comunidad. Los hermanos lo respetan, pero pocos lo buscan. Su Prudencia, aunque necesaria, resulta incómoda. Nadie quiere escuchar que su entusiasmo puede ser precipitación, que su certeza puede ser ceguera, que su plan puede tener fallos que no ha considerado. Luciano dice esas cosas, y las dice sin dulcificarlas. Por eso a veces almuerza solo en el refectorio, por eso sus palabras en los capítulos son recibidas con silencios más que con asentimientos.

Una noche, después de completas, me atreví a preguntarle si esa soledad le pesaba.

—Pesa —admitió—. Pero menos que la alternativa.

—¿Cuál alternativa?

—Callar. Ver cosas que no están bien y no decir nada. La Prudencia no es solo pensar antes de hablar. Es también hablar cuando hay que hablar, aunque cueste.

Aquella distinción me impresionó. Yo había asociado la prudencia con el silencio, con la cautela, con no meterse en problemas. Luciano me enseñó que puede ser exactamente lo contrario: el coraje de decir la verdad cuando la verdad incómoda.

La relación de Luciano con el Prior es tensa, aunque formalmente correcta. He presenciado varias ocasiones en que Luciano ha cuestionado decisiones del Prior en la sala capitular, siempre con respeto pero sin ceder un ápice en sus argumentos. El Prior no lo soporta bien. Su rostro se endurece cuando Luciano habla, y sus respuestas suelen ser cortantes, como si las observaciones de Luciano fueran ataques personales en lugar de análisis razonados.

Una vez, después de una de esas reuniones tensas, me acerqué a Luciano en el corredor.

—Hermano, tal vez debería usted moderar su tono con el Prior —le dije—. No le hace bien tener un enemigo en quien tiene autoridad sobre todos nosotros.

—No soy su enemigo —respondió Luciano—. Soy su espejo. Y a nadie le gusta lo que ve en el espejo cuando el espejo no miente.

Aquella frase se me quedó grabada. Había en ella algo que me inquietaba, una insinuación de que el Prior tenía algo que ocultar, algo que la mirada de Luciano había detectado y que él prefería no mostrar. Pero no le pregunté más. Tal vez debí hacerlo.

Hace pocas semanas, Luciano me buscó después de completas. Su rostro estaba más serio que de costumbre, sus movimientos más tensos.

—Hermano Lamberto —me dijo en voz baja—, ¿ha notado usted algo extraño en el Prior?

La pregunta me tomó por sorpresa.

—¿Extraño? No sabría decirle. Lo veo igual que siempre.

Luciano frunció el ceño.

—Eso es lo que me preocupa. Que usted no lo vea.

—¿Qué debería ver?

Miró hacia ambos lados del pasillo antes de continuar.

—Irritabilidad creciente. Silencios más largos. Una manera de mirar a ciertos hermanos que no me gusta. Especialmente cuando mira a Fray Zósimo.

—Tal vez esté cansado —respondí—. Lleva muchos años al frente de la comunidad.

—El cansancio se cura con descanso —dijo Luciano—. Esto es otra cosa. Esto es algo que crece.

No quise seguir escuchando. Me pareció que exageraba, que su prudencia rozaba la suspicacia. Le agradecí el comentario y me retiré a mi celda con una vaga sensación de malestar que preferí ignorar.

Días después, Luciano volvió a buscarme. Esta vez traía algo más concreto.

—He encontrado algo —me dijo sin preámbulos—. En el archivo. Documentos que deberían estar en un lugar y están en otro. Cartas que el Prior ha movido sin razón aparente.

—¿Qué clase de documentos?

—Registros de gastos. Correspondencia con el obispado. No sé qué significa, pero el desorden no es casual. El Prior está buscando algo o preparando algo.

—Hermano, eso son suposiciones.

—La Prudencia comienza con suposiciones —respondió—. Pero no termina en ellas. Por eso vengo a usted: para que observe, para que pregunte.

Sentí un escalofrío. Pero me resistí a creerle.

—Creo que está usted viendo sombras donde no las hay —dije.

Luciano me miró con una tristeza que no olvidaré.

—Ojalá tenga usted razón. Pero la prudencia no consiste en ver lo que queremos ver, sino lo que está.

Me alejé de él sintiéndome molesto. ¿Quién era Luciano para juzgar al Prior? Pero la incomodidad que sentí aquella noche no provenía de sus palabras: provenía de la sospecha de que tal vez tuviera razón.

Las semanas siguientes observé al Prior con más atención, aunque no quería admitirlo. Noté que evitaba a ciertos hermanos, que interrumpía con brusquedad a Zósimo cada vez que hablaba en los capítulos, que sus

silencios se volvían más largos y más densos. Pero cada vez que notaba algo, encontraba una excusa para descartarlo. El Prior estaba cansado. El Prior tenía muchas preocupaciones. El Prior sabía lo que hacía.

Luciano no volvió a mencionarme el tema directamente, pero sus silencios hablan por él. Lo veo observar al Prior durante las comidas, durante los oficios. Y cada vez que nuestras miradas se cruzan, siento el peso de una verdad que me niego a aceptar.

Una tarde lo encontré en la huerta, podando un rosal con movimientos lentos y precisos.

—Hermano —le dije—, quiero pedirle disculpas por no haberlo escuchado.

Él no levantó la vista.

—La prudencia no se impone, Fray Lamberto. Se ofrece. Si usted no estaba listo para oírla, no es culpa suya ni mía.

—Pero tal vez usted tenga razón.

—Tener razón no sirve de nada si no se puede actuar —respondió—. La prudencia sin poder es como una vela en medio del viento: ilumina, pero no cambia la corriente.

—¿Qué cree usted que debemos hacer?

Luciano dejó las tijeras y se limpió las manos.

—Vigilar. Rezar. Y estar atentos.

—¿Tan preocupado está?

—Cuando un hombre con poder pierde el equilibrio interior, los que están cerca lo sienten.

Esa frase me persigue desde entonces.

Luciano tiene también una relación cercana con Fray Severino, el hermano que encarna la Justicia. Los veo conversar con frecuencia, intercambiando observaciones, comparando notas. Hay entre ellos una alianza tácita, como de dos vigías que miran desde distintas torres pero ven el mismo horizonte. A veces me pregunto si no están viendo algo que yo me niego a mirar.

Hoy, al escribir estas líneas, entiendo que Luciano es el guardián silencioso de nuestra comunidad. Su prudencia no es frialdad ni cálculo: es amor traducido en atención. Ve lo que nosotros no queremos ver, dice lo que nosotros no queremos oír, y carga con el peso de una claridad que no siempre queremos compartir.

Si hay algo que he aprendido de él, es que la Prudencia no es cobardía ni indecisión. Es el arte de pensar antes de actuar, sí, pero también el coraje de actuar cuando hay que actuar. Luciano consulta su reloj de bolsillo no para perder el tiempo, sino para respetarlo. No para postergar decisiones, sino para tomarlas bien.

Que estas páginas honren su presencia entre nosotros. Que recuerden al hombre que ve lo que otros ignoran, que dice lo que otros callan, que

piensa lo que otros prefieren no pensar. Fray Luciano encarna la Prudencia como pocos. Y su ejemplo nos enseña que ver con claridad no es pesimismo: es responsabilidad.

Si algún día llego a entender lo que está ocurriendo en este convento, será gracias a él. Y si algún día actúo como debería actuar, será porque sus palabras habrán encontrado por fin el camino hacia mis oídos.

CAPÍTULO 5

FRAY SEVERINO: JUSTICIA DE DIOS ENTRE NOSOTROS

Hay hombres cuya sola presencia impone un orden invisible. No necesitan alzar la voz ni recurrir a gestos de autoridad; les basta estar ahí para que las cosas encuentren su lugar. Fray Severino es uno de ellos. Desde que lo conocí, sentí que su figura proyectaba una rectitud que no admitía medias tintas. No era rigidez ni severidad vacía: era una convicción profunda de que cada acto, por pequeño que fuera, debía responder a un criterio de verdad. Para Severino, la Justicia no es un concepto abstracto ni una virtud que se practique sólo en ocasiones solemnes. Es el aire que respira, la vara con que mide el mundo y, sobre todo, el espejo en el que se mira a sí mismo sin concesiones.

Lo reconocías en cualquier lugar del convento por la pluma de ganso que siempre llevaba en el bolsillo interior del hábito. No era una pluma cualquiera: tenía el cañón ligeramente torcido y las barbas gastadas por el uso, pero él la conservaba con un cuidado casi reverencial. Me contó su origen una tarde lluviosa, mientras revisábamos documentos en el archivo. Había pertenecido a su abuelo, un notario de pueblo que pasó cuarenta años levantando actas, redactando testamentos y certificando verdades.

—Con esta pluma —me dijo Severino sin levantar la vista de los papeles— mi abuelo escribió cosas que cambiaron vidas. Herencias que se repartieron justamente. Tierras que volvieron a sus dueños. Mentiras que quedaron al descubierto.

Hizo una pausa y acarició el cañón torcido con el pulgar.

—Él me enseñó que la verdad escrita pesa más que la verdad hablada. Y que quien escribe tiene la obligación de no mentir, porque lo escrito permanece.

Desde entonces, cada vez que veo a Severino sacar esa pluma para tomar notas en los capítulos o para revisar las cuentas, entiendo que no es un simple instrumento: es un recordatorio de que la Justicia comienza con la exactitud de las palabras.

La historia de Severino explica mucho de su carácter. Había crecido en un pueblo pequeño de Castilla donde su padre, un hombre trabajador pero ingenuo, fue despojado de sus tierras por un terrateniente que falsificó documentos y sobornó al juez local. La familia lo perdió todo: la casa, los campos, el ganado. Su madre murió de pena pocos años después, y su

padre terminó sus días trabajando como jornalero en las mismas tierras que antes le habían pertenecido. Severino tenía quince años cuando todo ocurrió, y aquella injusticia lo marcó para siempre.

—Aprendí entonces —me dijo una noche, con la mirada perdida en las velas del altar— que la mentira con poder es más peligrosa que la violencia. Que un documento falso puede destruir una vida entera. Que la injusticia no necesita espadas: le bastan sellos y firmas.

—¿Por eso entró al convento? —pregunté.

—Entré al convento porque necesitaba creer que existía una Justicia que no pudiera ser comprada. Una Justicia que no dependiera de hombres corruptos ni de intereses mezquinos. La Justicia de Dios. —Hizo una pausa —. Pero incluso aquí, Fray Lamberto, la injusticia encuentra caminos. Incluso aquí hay que vigilar.

Lo recuerdo en mis primeros días como Subprior, cuando aún me sentía abrumado por las responsabilidades del cargo. Una tarde, mientras revisaba las cuentas del convento en el despacho que me habían asignado, cometí un error menor que intenté corregir sin que nadie lo notara. Había sumado mal una columna de cifras y, al darme cuenta, simplemente borré el número equivocado y escribí el correcto encima, sin dejar constancia del cambio. Me pareció un acto sin importancia, una corrección rutinaria que no afectaba a nadie.

Severino, que pasaba por allí camino a la biblioteca, se detuvo en el umbral de la puerta. No sé cuánto tiempo llevaba observándome, pero cuando levanté la vista, su mirada estaba fija en el papel que yo tenía delante.

—Hermano —dijo con voz neutra, sin acusación pero también sin indulgencia—, un error corregido en secreto sigue siendo un error oculto.

Me quedé helado. No había reproche en su tono, pero tampoco concesión alguna. Era una simple constatación de los hechos.

—Es una cifra pequeña —respondí, intentando justificarme—. No afecta a nadie. El resultado final es el mismo.

—La Justicia no distingue entre cifras grandes y pequeñas —replicó—. Distingue entre lo recto y lo torcido. Si corrige un error, anótelo. Si lo oculta, lo convierte en otra cosa.

Sentí que me ardía el rostro. Aquella observación, tan directa, me avergonzó más que cualquier reprensión pública. Severino no esperó mi respuesta. Siguió su camino hacia la biblioteca, dejándome con la lección clavada en el pecho como una espina que no podía arrancar.

A partir de ese día, aprendí a temerlo un poco y a respetarlo mucho. Severino no tolera la ambigüedad. Si alguien comete una falta, él lo señala sin rodeos; si alguien actúa rectamente, lo reconoce con la misma claridad. No hay en él favoritismos ni rencores personales. No guarda agravios ni cultiva simpatías. Su criterio es siempre el mismo: la verdad de los hechos, despojada de adornos y de excusas.

Con el tiempo descubrí que detrás de esa apariencia implacable hay un hombre profundamente comprometido con el bienestar de la comunidad. Severino no juzga por el placer de juzgar; juzga porque cree que sólo la verdad puede sanar. Una noche, después de un conflicto entre dos hermanos que había alterado la paz del refectorio —una discusión sobre el uso de ciertos instrumentos de labranza que había escalado hasta el insulto —, lo encontré en la capilla, arrodillado frente al altar mayor.

—Hermano —le dije en voz baja—, ¿puedo sentarme con usted?

Asintió sin volverse. Me arrodillé a su lado y guardé silencio durante varios minutos. La capilla estaba oscura, iluminada apenas por las velas del sagrario, y el silencio tenía una densidad casi palpable.

—La Justicia es pesada, Fray Lamberto —murmuró al cabo de un rato—. A veces quisiera mirar hacia otro lado. A veces quisiera no ver lo que veo, no escuchar lo que escucho.

—¿Por qué no lo hace?

—Porque si yo miro hacia otro lado, ¿quién mirará de frente? Alguien tiene que hacerlo. Alguien tiene que sostener la vara aunque le pese en las manos.

Aquella confesión me reveló una dimensión de Severino que yo no había sospechado. Su rectitud no es un don natural ni un temperamento cómodo: es una disciplina que le cuesta esfuerzo, una carga que asume porque alguien tiene que asumirla. No es un hombre frío ni insensible: es un hombre que ha elegido la verdad por encima del consuelo, y que paga el precio de esa elección cada día de su vida.

Severino tiene una relación particular con Fray Gaspar, aunque a primera vista parecen opuestos. Los veo discutir con frecuencia, siempre en voz baja pero con una intensidad que se siente en el aire. Una tarde presencié una de esas discusiones en el corredor de la enfermería.

—No puedes seguir dándole el medicamento —decía Severino con su habitual firmeza—. Se lo está pidiendo solo para evadir el dolor, no para curarse. Es injusto para los demás que lo necesitan de verdad.

—La Justicia no puede medirse en gotas, Severino —respondió Gaspar sin alzar la voz pero sin ceder un ápice—. Ese hombre sufre. Mi deber es aliviarlo.

—Tu deber es ser justo con todos, no solo con el que tienes delante. Si das a uno más de lo que le corresponde, se lo quitas a otro.

Se miraron un momento en silencio, y la tensión entre ellos era casi visible.

—Si tengo que elegir entre ser justo y ser compasivo —dijo Gaspar al fin—, elijo ser compasivo. La Justicia sin misericordia es crueldad disfrazada.

Severino no respondió. Se dio la vuelta y se marchó con pasos rígidos. Pero lo que más me sorprendió fue lo que ocurrió después. Esa misma noche, vi a Severino entrar en la enfermería con un paquete de hierbas medicinales

que había conseguido en el pueblo. Se las entregó a Gaspar sin decir una palabra, y Gaspar las recibió con un asentimiento silencioso. Entendí entonces que su desacuerdo no es enemistad: es el roce necesario entre dos formas de amar que se corrigen mutuamente.

Hubo muchas ocasiones en que su sentido de la Justicia chocó con las decisiones del Prior. Severino no es un hombre rebelde ni irrespetuoso, pero tampoco calla cuando considera que algo se hace mal. Recuerdo una reunión en la sala capitular donde el Prior propuso castigar a un novicio por una falta que, según Severino, no había sido probada con claridad. El joven había sido acusado de robar comida de la despensa, pero las evidencias eran circunstanciales y el muchacho lo negaba con lágrimas en los ojos.

El Prior quería dar un escarmiento. Decía que la disciplina del convento dependía de que las faltas fueran castigadas con firmeza, y que mostrar debilidad ante un posible ladrón socavaría el orden de toda la comunidad.

Severino escuchó en silencio, con los ojos bajos, hasta que el Prior terminó de hablar. Entonces levantó la cabeza y dijo con voz firme:

—Padre, si castigamos sin certeza, no estamos haciendo justicia. Estamos haciendo escarmiento. Y el escarmiento injusto es peor que la falta que pretende corregir.

El silencio que siguió fue espeso, denso como el aire antes de una tormenta. El Prior lo miró con una frialdad que yo nunca le había visto.

—¿Duda usted de mi criterio, hermano?

—Dudo de cualquier criterio que no se funde en la verdad —respondió Severino sin bajar la mirada—. La autoridad no exime del error. Y el error, cuando se comete desde la autoridad, es más grave que cuando se comete desde la debilidad.

Vi entonces algo que me inquietó. El Prior apretó los puños sobre la mesa, y en sus ojos brilló algo que no era solo irritación. Era algo más frío, más personal.

Aquella tensión quedó suspendida en el aire como un cristal a punto de romperse. El Prior no respondió. Dio por terminada la reunión y se retiró sin decir una palabra más. El novicio fue castigado de todos modos, aunque con una pena menor de la que el Prior había propuesto inicialmente. Severino había perdido la batalla, pero había plantado una semilla de duda.

Me acerqué a él después de la reunión, preocupado por las consecuencias que su intervención pudiera tener.

—Hermano, tal vez debió usted medir sus palabras —le dije—. El Prior no olvidará esto.

—Las medí —respondió—. Por eso las dije. Si las hubiera medido menos, habría dicho más.

No había en él arrogancia. Había una tristeza serena, como la de quien sabe que decir la verdad tiene un precio y está dispuesto a pagarlo.

Con el paso de los meses, noto que la relación entre Severino y el Prior se vuelve cada vez más tensa. El Prior evita dirigirle la palabra; Severino, por su parte, mantiene una actitud respetuosa pero distante. Una vez lo vi sacar la pluma de su abuelo después de un capítulo particularmente tenso, y la sostuvo entre los dedos durante largo rato, como si el contacto con ella le devolviera algo que necesitaba.

—Mi abuelo —me dijo esa tarde— solía decir que la verdad es como el agua: siempre encuentra su camino, aunque tarde años en llegar. Pero a veces, Fray Lamberto, el agua tarda demasiado. Y mientras tanto, el daño se hace.

Severino tiene una alianza tácita con Fray Luciano. Los veo conversar con frecuencia, comparar observaciones, intercambiar preocupaciones. Hay entre ellos una complementariedad que me parece valiosa: Luciano ve los patrones, Severino ve los hechos. Juntos forman una especie de conciencia crítica de la comunidad, aunque a veces me pregunto si esa conciencia no ve más de lo que hay.

Una tarde, Severino me buscó en mi celda. Su rostro estaba más grave que de costumbre, sus movimientos más tensos.

—Hermano Lamberto —dijo—, necesito hablarle de algo delicado.

—Lo escucho.

Se sentó en el borde del catre y cruzó las manos sobre las rodillas. Vi que le temblaban ligeramente, cosa rara en un hombre tan controlado.

—Creo que el Prior guarda algo que no debería guardar.

—¿A qué se refiere?

—No lo sé con certeza. Pero hay señales. Documentos que desaparecen. Conversaciones que se interrumpen cuando alguien entra. Miradas que no me gustan. El otro día lo vi salir del archivo a una hora en que no debería haber nadie. Y cuando me vio, cambió de dirección como si quisiera evitarme.

—Hermano, eso son suposiciones —dije, aunque su relato me inquietaba.

—La Justicia comienza con suposiciones —respondió—. Pero no termina en ellas. Por eso vengo a usted: para que observe, para que pregunte, para que no cierre los ojos. Usted es el Subprior. Usted tiene la obligación de ver lo que otros prefieren no ver.

Sentí un escalofrío. Las palabras de Severino coincidían demasiado con las advertencias de Luciano. Dos hombres tan distintos, señalando la misma dirección.

—¿Qué quiere que haga? —pregunté.

—Que cumpla con su deber de Subprior —dijo—. Que no deje que el respeto por la autoridad lo ciegue ante la verdad.

Aquella frase me dolió porque era exacta. Yo había confundido la obediencia con la complicidad, el respeto con el silencio. Severino me lo decía sin acusarme, pero la acusación estaba implícita en cada una de sus palabras.

—Lo pensaré —respondí.

—No lo piense demasiado —dijo él, levantándose—. El tiempo no siempre espera.

Se marchó dejándome con una angustia que no supe dónde colocar. Durante los días siguientes intenté observar al Prior con más atención, pero mi mirada seguía siendo la de siempre: respetuosa, deferente, incapaz de sospechar lo peor. Era como si una parte de mí se negara a ver lo que la otra parte ya sabía.

Hace pocos días tuve otro encuentro con Severino. Fue en el huerto, una mañana luminosa que parecía desmentir cualquier inquietud. El cielo tenía un azul limpio, el aire olía a hierba recién cortada, y los pájaros cantaban como si el mundo fuera un lugar seguro. Severino estaba podando un árbol con movimientos precisos, casi rituales, como si cada corte fuera una decisión meditada.

—Hermano —le dije—, he pensado en lo que me dijo.

—¿Y qué ha decidido?

—Que necesito más pruebas antes de actuar.

Severino dejó las tijeras y me miró con una expresión que mezclaba decepción y resignación.

—Las pruebas a veces llegan demasiado tarde, Fray Lamberto. La Justicia no es sólo castigar al culpable. Es también proteger al inocente. Si esperamos demasiado, los inocentes pagan.

—¿Cree usted que hay peligro?

—Creo que hay desorden —respondió—. Y el desorden, cuando no se corrige, crece.

Se limpió las manos en el hábito y sacó la pluma de su abuelo. La miró un momento, como si buscara en ella alguna respuesta.

—Mi abuelo perdió todo por una injusticia que nadie quiso ver a tiempo —dijo—. Yo prometí que no dejaría que eso volviera a ocurrir. Pero a veces, hermano, la promesa no basta. A veces uno ve la injusticia y no puede detenerla. Y eso es peor que no verla.

No supe qué responder. Me despedí de él con una sensación de fracaso que aún me acompaña.

Hoy, al escribir estas líneas, entiendo que Fray Severino es la voz de la Justicia en Scala Coeli. Una voz incómoda, sí. Una voz que a veces resulta dura de escuchar. Pero una voz necesaria, porque sin ella el desorden se disfraza de paz y la mentira se disfraza de prudencia.

Severino ve lo que yo no quiero ver. Dice lo que yo no me atrevo a decir. Y carga con el peso de una verdad que yo prefiero ignorar. Si hay algo que he aprendido de él, es que la Justicia no es un lujo ni una opción: es una obligación. Y cuando se la ignora, las consecuencias las pagan los que menos lo merecen.

Que estas páginas honren su presencia entre nosotros. Que recuerden a quien no tiene miedo de mirar de frente, aunque eso le cueste la soledad. Fray Severino es un hombre justo en un mundo que prefiere la comodidad a la verdad. Y por eso, quizá, su vida tiene un peso que ninguno de nosotros puede ignorar.

CAPÍTULO 6

FRAY RODRIGO: FORTALEZA EN MEDIO DE LA TORMENTA

Hay hombres que parecen haber nacido para soportar lo que otros no pueden. No porque sean insensibles al dolor, sino porque han aprendido a atravesarlo sin quebrarse. Fray Rodrigo es uno de ellos. Desde el primer momento en que lo vi, supe que su cuerpo cargaba historias que su boca rara vez contaba. Tiene cicatrices en las manos, nudillos deformados por golpes antiguos, una leve cojera que el frío acentúa, y una manera de moverse que delata heridas que nunca terminan de sanar. Pero lo que más llama la atención no son esas marcas visibles, sino la serenidad con que las lleva. Rodrigo no exhibe su sufrimiento ni lo oculta: simplemente lo ha integrado a su vida como quien acepta el peso de su propia sombra.

Lo reconocías en cualquier lugar del convento por la medalla de bronce que lleva siempre al cuello, bajo el hábito, colgando de un cordón de cuero desgastado por los años. No es una medalla religiosa, aunque él la trata con reverencia. Es una condecoración militar, pequeña y sin lustre, con un relieve casi borrado por el roce constante de sus dedos. Una noche, cuando nuestra confianza ya era suficiente para ciertas preguntas, me atreví a preguntarle por ella.

—Me la dio mi sargento —dijo Rodrigo, con la vista fija en el fuego de la chimenea—. Horas antes de morir. Estábamos rodeados, sin munición, sin esperanza. Él sabía que no saldría de allí. Me la puso en la mano y me dijo: "Sal tú. Cuenta lo que pasó. Que alguien sepa que estuvimos aquí".

Hizo una pausa larga.

—No pude contar nada. ¿A quién le importaba lo que habíamos hecho? Pero la medalla la guardé. Me recuerda que sobreviví porque otro no lo hizo. Y que esa deuda no se paga con olvido.

Desde entonces, cada vez que lo veo llevarse la mano al pecho en un gesto casi inconsciente, entiendo que toca esa medalla como otros tocan un rosario. Es su ancla, su recordatorio de que la Fortaleza no es sobrevivir solo, sino cargar con los que no pudieron hacerlo.

Tardé meses en conocer su historia completa. Rodrigo no es hombre de confidencias fáciles ni de conversaciones largas. Habla poco, trabaja mucho, y sus silencios tienen una densidad que invita al respeto más que a la curiosidad. En el refectorio ocupa siempre el mismo lugar, un rincón apartado desde donde puede observar sin ser observado. En el coro, su voz se pierde entre las demás, como si no quisiera destacar. Y sin embargo, cuando uno lo necesita, siempre está ahí. Siempre sabe en qué momento aparecer.

Fue durante una noche de tormenta, cuando un rayo partió el ciprés más antiguo del patio y el estruendo nos despertó a todos, que lo encontré en el corredor, mirando la lluvia a través de una ventana. El agua caía con furia contra los cristales, y el viento hacía temblar los marcos de madera. Los demás hermanos habían vuelto a sus celdas después de comprobar que no había daños, pero Rodrigo seguía ahí, inmóvil, con las manos apoyadas en el alféizar y la medalla fuera del hábito, brillando tenuemente con cada relámpago.

—¿No puede dormir, hermano? —le pregunté.

—Las tormentas me recuerdan cosas —respondió sin volverse.

Me quedé a su lado, sin decir nada. Al cabo de unos minutos, comenzó a hablar. Su voz era baja, casi un susurro, y tuve que acercarme para escucharlo.

—Antes de entrar al convento, fui soldado. Serví en lugares que preferiría no nombrar, hice cosas que preferiría no recordar. Vi morir a hombres buenos y vi sobrevivir a hombres que no lo merecían. Vi lo peor que puede haber en el corazón humano. Y a veces, cuando la tormenta golpea así, siento que todo aquello vuelve.

—¿Qué lo trajo aquí? —pregunté.

—El agotamiento —respondió—. Cuando todo terminó, cuando volví a casa y descubrí que ya no tenía casa, creí que no volvería a levantarme. Estuve meses sin hablar con nadie, sin salir de la habitación que alquilaba en un pueblo cuyo nombre ya olvidé. Bebía para olvidar y olvidaba para seguir bebiendo. Una mañana desperté y vi la medalla en el suelo, junto a la botella vacía. La miré durante horas. Pensé en el sargento, en lo que me pidió. Y me di cuenta de que seguir respirando no bastaba. Tenía que levantarme.

—¿Y encontró cómo?

—No —dijo—. Pero decidí buscarlo. Un pie delante del otro. Eso es todo. Y mientras buscaba, llegué aquí.

Aquella confesión, tan escueta y tan honesta, me impresionó profundamente. Rodrigo no buscaba compasión ni absolución. Contaba su historia como quien describe un camino recorrido, sin adornos ni excusas. No se presentaba como víctima ni como héroe: simplemente como un

hombre que había atravesado el infierno y había salido del otro lado, maltrecho pero entero.

A partir de esa noche, nuestra relación cambió. No nos hicimos amigos en el sentido convencional —Rodrigo no parece necesitar amigos—, pero se estableció entre nosotros una confianza silenciosa que me permite acercarme a él en momentos difíciles. Cuando el peso del cargo me abruma, cuando las tensiones del convento me quitan el sueño, a veces lo busco. No para hablar, sino para estar en su presencia. Hay algo en él que calma, una solidez que transmite sin palabras.

La Fortaleza de Rodrigo no es bravura ni temeridad. Es algo más profundo: la capacidad de mantenerse entero cuando todo a su alrededor se derrumba. Lo veo consolar a hermanos desesperados sin perder la calma, simplemente sentándose a su lado y dejando que el tiempo haga su trabajo. Lo veo trabajar bajo el sol más inclemente sin quejarse, cargando piedras y madera como si su cuerpo no conociera el límite. Lo veo rezar de rodillas durante horas, con una concentración que parece anclarlo a un centro inamovible que los demás no podemos ver.

He notado también su relación con Fray Ilán, que me sorprende por su cercanía. Son hombres muy distintos: Ilán luminoso y abierto, Rodrigo callado y marcado. Pero los veo caminar juntos por la explanada que rodea el convento, conversando en voz baja con una intensidad que no es habitual entre ellos.

—¿De qué hablan ustedes dos? —le pregunté un día.

—De lo que pesa —respondió Rodrigo, y su voz tenía un matiz que no le había escuchado antes.

—¿De lo que pesa?

—Ilán me ayuda a soltar. Yo cargo demasiado. Siempre he cargado demasiado. Él me recuerda que no todo depende de mí.

—¿Y usted qué le da a él?

—Compañía en la oscuridad. Ilán conoce la luz, pero a veces necesita a alguien que conozca la sombra. Para saber que se puede atravesar.

Aquella complementariedad entre ambos me enseñó que las virtudes no viven aisladas, que se necesitan unas a otras para no deformarse. Rodrigo ha encontrado en Ilán un equilibrio que solo no podía sostener.

Una tarde le pregunté cómo hacía para mantenerse entero después de todo lo que había vivido. Estábamos en el campo, reparando un muro que se había derrumbado durante las lluvias del invierno anterior.

—Hermano —le dije—, ¿de dónde saca usted tanta resistencia?

Rodrigo dejó la azada clavada en la tierra y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—No es resistencia —respondió—. Es rendición.

—No entiendo.

—La Fortaleza no consiste en aguantar solo. Consiste en dejar que Dios aguante con uno. Durante años intenté cargar todo yo mismo. Y casi me quiebro. Cuando entendí que no podía solo, cuando acepté que necesitaba ayuda, entonces empezó la Fortaleza verdadera. No es fuerza propia. Es fuerza prestada.

Aquella distinción —entre resistir solo y dejarse sostener— me acompaña desde entonces. Rodrigo no es un estoico que soporta en silencio por orgullo. Es un hombre que ha descubierto que la verdadera fuerza nace de la entrega, no del endurecimiento. Ha aprendido a soltar para poder seguir adelante.

Rodrigo tiene pesadillas con frecuencia. No habla de ellas abiertamente, pero a veces lo encuentro de noche en los corredores, caminando despacio con la mirada perdida. Una vez me atreví a preguntarle.

—¿No puede dormir, hermano?

—El sueño y yo tenemos una relación complicada —respondió con una media sonrisa—. A veces viene cargado de cosas que preferiría no ver. Pero he aprendido a no temerle. Lo que viene en sueños no puede hacerme más daño del que ya me hicieron.

—¿Y qué hace cuando las pesadillas son muy fuertes?

—Me levanto. Camino. Rezo. Y espero a que pase. Todo pasa, Fray Lamberto. Incluso lo más oscuro.

Aquella frase, dicha con tanta sencillez, encierra una sabiduría que solo puede venir de haber tocado fondo y haber vuelto. Rodrigo conoce la oscuridad de cerca, y por eso no le tiene miedo.

Un día, mientras trabajábamos juntos en el taller de carpintería, me atreví a preguntarle más sobre su pasado militar. Quería entender de dónde venía esa Fortaleza que lo hacía distinto a los demás.

—Hermano —le dije—, ¿cómo sobrevivió usted a todo aquello?

Rodrigo clavó un clavo con un golpe seco y preciso. El sonido resonó en el taller vacío.

—No sobreviví —respondió—. Morí muchas veces. Y cada vez que morí, tuve que aprender a levantarme de nuevo.

—¿Cómo se aprende eso?

—No se aprende. Se decide. Cada mañana, uno decide si sigue adelante o se queda tirado. La Fortaleza es eso: una decisión que se repite. No es un don que se tiene. Es un acto que se hace.

—Parece agotador.

—Lo es —admitió—. Pero la alternativa es peor.

Aquella conversación me enseñó que la Fortaleza no es un estado permanente ni un rasgo de carácter. Es un acto de voluntad que debe

renovarse constantemente. Rodrigo no es fuerte porque no sufra; es fuerte porque elige levantarse a pesar del sufrimiento.

La relación de Rodrigo con el Prior es mínima, casi inexistente. El Prior parece evitarlo, como si la presencia de Rodrigo lo incomodara. Una vez le pregunté a Rodrigo si había notado esa distancia.

—La he notado —dijo—. Pero no me importa. He conocido a muchos hombres con autoridad. Algunos la merecen. Otros no. No me corresponde juzgar cuál es el caso aquí.

—¿Y si el Prior tomara una decisión injusta?

Rodrigo me miró con esos ojos suyos que parecen haber visto demasiado.

—Entonces habría que decidir qué hacer. Pero hasta que eso ocurra, no tiene sentido preocuparse.

Aquella respuesta me pareció pragmática, casi fría. Pero entendí que era la manera de Rodrigo de conservar su energía para lo que importa. No desperdicia fuerzas en preocupaciones hipotéticas. Las guarda para cuando sean necesarias.

Hubo una conversación reciente que se me quedó grabada. Fue después de vísperas, en la capilla casi vacía. Rodrigo se quedó arrodillado mientras los demás salíamos. Yo volví sobre mis pasos y me senté a su lado. La capilla estaba en penumbra, iluminada apenas por las velas del altar. Él tenía la medalla fuera del hábito, sosteniéndola entre los dedos como ha hecho tantas veces.

—Hermano —le dije—, ¿está usted bien?

—Estoy atento —respondió sin abrir los ojos.

—¿Atento a qué?

—A lo que venga. La Fortaleza no es solo resistir lo que ya está. Es también estar preparado para lo que puede venir.

—¿Espera usted que venga algo?

Abrió los ojos y me miró.

—Siempre viene algo, Fray Lamberto. La vida no se detiene. Y cuando uno ha aprendido a levantarse muchas veces, sabe que habrá que levantarse otra vez.

No dijo más. Yo quise creer que se refería a algo general, a la naturaleza misma de la vida. Pero algo en su tono me hizo pensar que había más.

Hoy, al escribir estas líneas, pienso en lo que Rodrigo me ha enseñado sobre la Fortaleza. No es ausencia de miedo. No es insensibilidad. No es terquedad. Es la capacidad de mantenerse entero cuando todo se rompe, de seguir caminando cuando el camino se oscurece, de confiar en que hay un sentido incluso cuando no se puede ver.

Rodrigo ha atravesado tormentas que yo no puedo imaginar. Ha visto cosas que yo preferiría no saber. Y sin embargo, sigue aquí. Sigue de pie. Sigue

rezando, trabajando, acompañando. Su medalla de bronce, heredada de un sargento que murió para que él viviera, es el símbolo de una Fortaleza que no se rinde, que no se endurece, que no se cierra.

Si alguna vez veo la Fortaleza hecha carne y gesto, la veo en él. Y si alguna vez aprendo lo que significa levantarse después de caer, será gracias a su ejemplo. Fray Rodrigo no necesita palabras grandes ni gestos heroicos. Le bastan su silencio, su trabajo y su manera de estar.

Que estas páginas honren su presencia entre nosotros. Que recuerden al hombre que sabe atravesar el dolor sin que el dolor lo venza. Fray Rodrigo encarna la Fortaleza como pocos. Y su ejemplo nos enseña que ser fuerte no es no caer: es levantarse cada vez que se cae.

CAPÍTULO 7

FRAY ELISEO: TEMPLANZA FRÁGIL

De todos los hermanos que habitan Scala Coeli, ninguno despierta en mí un afecto tan inmediato y tan hondo como Fray Eliseo. No sabría explicar exactamente por qué. Tal vez es su manera de sonreír, siempre un poco tímida, como si temiera ocupar demasiado espacio. Tal vez es su voz, suave y precisa, que nunca se alza más de lo necesario. O tal vez es esa cualidad rara que algunos llaman templanza y que en él se manifiesta con una naturalidad que parece fruto de toda una vida de disciplina interior. Hay en Eliseo una armonía que invita a la calma, una presencia que sosiega sin necesidad de palabras.

Lo reconocías en cualquier lugar del convento por el pequeño cuaderno de cuero que siempre llevaba en el bolsillo del hábito. Era un cuaderno gastado, con las tapas oscurecidas por el uso y las páginas amarillentas en los bordes. En él anotaba todo: las tareas del día, los pensamientos que quería recordar, las tentaciones contra las que luchaba, los pequeños triunfos de su disciplina interior. Una vez le pregunté por qué llevaba ese registro tan meticuloso.

—Porque la memoria engaña —respondió—. Y la Templanza necesita honestidad. Si no anoto lo que siento, lo que hago, lo que me cuesta, termino creyendo que soy mejor de lo que soy. O peor. El cuaderno me devuelve la verdad.

Me contó entonces que había empezado a llevar ese cuaderno cuando era novicio, por consejo de su maestro de formación. "Él me dijo", explicó Eliseo, "que la Templanza no es reprimir los impulsos, sino conocerlos. Que uno no puede moderar lo que no ve. Y que la escritura es una forma de ver". Desde entonces, cada vez que lo veía sacar el cuaderno y anotar algo con su letra pequeña y ordenada, entendía que no era obsesión ni manía: era el método de un hombre que se conoce a sí mismo porque ha decidido no engañarse.

Eliseo es un hombre de equilibrios. Come lo justo, habla lo justo, duerme lo justo. No hay en él excesos ni carencias visibles. Cumple con sus obligaciones sin ostentación, se retira a su celda sin drama, y reza con una concentración que nunca parece forzada. Para quienes lo conocen superficialmente, puede parecer un monje más entre tantos, uno de esos rostros que se confunden con el paisaje del convento. Pero quienes lo tratamos de cerca descubrimos que detrás de esa moderación hay un esfuerzo constante, una atención permanente sobre sí mismo que no tiene nada de natural.

Una tarde, mientras caminábamos por el claustro después de vísperas, me atreví a preguntarle cómo había llegado a ese estado de equilibrio que tanto admiraba.

—Hermano —le dije—, usted parece tener todo bajo control. Nunca lo veo alterado, nunca lo veo excederse en nada. ¿Cómo lo logra?

Eliseo sonrió con esa suavidad suya que desarma, esa manera de acoger las preguntas sin juzgarlas.

—Nada está bajo control, Fray Lamberto —respondió—. Todo está bajo vigilancia.

—¿Qué quiere decir?

—Que la Templanza no es un estado que se alcanza y se conserva para siempre. Es un combate diario. Cada mañana me despierto con los mismos impulsos que cualquier hombre: el hambre, el cansancio, la irritación, el deseo de más de lo que necesito. La diferencia es que intento no dejarme llevar por ellos. Intento verlos, reconocerlos, y luego elegir otra cosa.

Aquella confesión me sorprendió. Yo había imaginado que la Templanza de Eliseo era un don natural, una facilidad de carácter que le permitía mantenerse sereno sin esfuerzo. Descubrir que es, en realidad, una conquista cotidiana me hizo admirarlo aún más. Detrás de esa apariencia tranquila hay un guerrero que lucha cada día contra sus propias inclinaciones.

La historia de Eliseo explica en parte su carácter. Había crecido en una familia donde los excesos eran la norma. Su padre bebía demasiado, su madre comía demasiado, sus hermanos gastaban demasiado. La casa era un lugar de desbordes constantes: gritos, llantos, peleas, reconciliaciones exageradas. No había medida en nada.

—Crecí odiando el exceso —me dijo una noche, con la mirada perdida en el cielo estrellado—. Pero también lo llevaba dentro. Durante años luché contra tendencias que no quería tener. Tendencias a la ira, a la gula, a la pereza. La Templanza no me vino dada: tuve que construirla ladrillo a ladrillo, día tras día.

—¿Y lo logró?

—Lo intento —respondió—. Cada día lo intento. Algunos días lo logro mejor que otros. Pero el intento es lo que cuenta.

Aquella honestidad me conmovió. Eliseo no se presenta como un modelo de virtud. Se presenta como un hombre que lucha, que a veces gana y a veces pierde, pero que nunca deja de intentar.

Con el tiempo, nuestra amistad se fue consolidando. Eliseo es un excelente oyente, paciente y atento, capaz de escuchar durante largos ratos sin interrumpir ni apresurar. Yo suelo acudir a él cuando mis pensamientos se enredan, cuando las preocupaciones del cargo me abruman y no sé cómo ordenarlas. Él no ofrece soluciones ni consejos elaborados. Se limita a escuchar, a hacer alguna pregunta breve, a devolver mis palabras con un orden que yo no había sabido darles. Es como si su mente funcionara con una claridad que la mía no tiene.

—Hermano —le dije una vez, después de una de esas conversaciones que me habían aliviado sin que él hubiera dicho casi nada—, usted tiene el don de clarificar lo confuso.

—No es un don —respondió—. Es práctica. Cuando uno pasa mucho tiempo intentando ordenar su propio interior, aprende a reconocer el desorden en los demás. Y a veces, sólo con escuchar, el desorden empieza a ordenarse solo.

—¿Tan desordenado es usted por dentro?

Me miró con una seriedad inesperada, como si la pregunta hubiera tocado algo que prefería no mostrar.

—Más de lo que imagina, Fray Lamberto. La Templanza no nace de la calma. Nace del caos que uno ha logrado contener.

Aquella frase se me quedó grabada. Eliseo, con su apariencia serena, es en realidad un hombre que lucha constantemente contra tendencias internas que nunca menciona. Su equilibrio no es un don: es una victoria diaria sobre impulsos que amenazan con desbordarlo.

Hay un aspecto de su vida que me conmueve especialmente: Eliseo padece insomnio. No todas las noches, pero sí con frecuencia suficiente como para que las ojeras se le marquen en el rostro y el cansancio le pese en los hombros. Lo disimula bien —la Templanza también le sirve para eso—, pero a veces el agotamiento se le nota en la lentitud de los movimientos, en los párpados que se cierran durante las lecturas.

Una noche lo encontré en el corredor, caminando despacio con las manos entrelazadas. La luna entraba por las ventanas y dibujaba rectángulos de luz en el suelo de piedra.

—¿Otra vez sin dormir, hermano? —le pregunté.

—El sueño a veces huye de mí —respondió sin detenerse—. Pero he aprendido a no perseguirlo. Cuando no viene, camino. Cuando camino, rezo. Y cuando rezo, descanso de otra manera.

—Eso no puede ser sano.

—Probablemente no —admitió con una sonrisa cansada—. Pero la Templanza también consiste en aceptar lo que no se puede cambiar. Si el sueño no viene, no sirve de nada enfadarse con él. Mejor usar ese tiempo para otra cosa.

Aquella noche lo acompañé un rato. Caminamos en silencio por el claustro oscuro, escuchando el viento entre los cipreses y el sonido lejano de algún animal nocturno. No hacía falta hablar. Su presencia bastaba para sentirse en paz.

Eliseo tiene una relación particular con la cocina del convento. Es él quien prepara muchas de las comidas, y lo hace con un cuidado que va más allá de lo necesario. Mide los ingredientes con precisión, vigila los tiempos de cocción, prueba los sabores con atención. Una vez le pregunté por qué se tomaba tantas molestias.

—Porque la comida es una prueba diaria de Templanza —respondió—. Cocinar para otros es servir. Pero también es resistir la tentación de probar demasiado, de guardar lo mejor para uno, de descuidar lo que no se ve. La cocina es mi campo de batalla.

Aquella respuesta me hizo ver la Templanza desde otro ángulo. No es solo moderación en los placeres: es atención en los detalles, servicio en lo pequeño, disciplina en lo cotidiano.

La relación de Eliseo con el Prior es cordial pero distante. El Prior rara vez lo busca, y cuando hablan es con una brevedad que roza la indiferencia. Eliseo no parece ofendido por esto, pero una vez me hizo un comentario que me llamó la atención.

—El Prior no valora la Templanza —dijo mientras anotaba algo en su cuaderno—. La confunde con debilidad. Cree que la fuerza está en la intensidad, en la pasión, en el exceso. No entiende que la verdadera fuerza está en el equilibrio.

—¿Cree que el Prior carece de equilibrio?

—Creo que todos carecemos de equilibrio en algo —respondió—. La diferencia está en si lo sabemos o no. Y en si hacemos algo al respecto.

No dijo más, pero el tono de su voz sugería que, en su opinión, el Prior no hacía nada al respecto.

Hace pocos días noté en Eliseo una inquietud que no es habitual en él. Sus movimientos perdieron algo de esa fluidez característica. Sus silencios se volvieron más tensos, más cargados de algo que no dice. Una mañana lo encontré en la cocina, mirando por la ventana con una expresión que no supe interpretar. Tenía las manos apoyadas en el alféizar y el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, como si quisiera ver algo que estaba más allá.

—¿Ocurre algo, hermano? —pregunté.

Tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz era más baja de lo habitual.

—He escuchado cosas, Fray Lamberto.

—¿Qué cosas?

—Pasos por la noche. En zonas donde nadie debería estar. Y un olor raro, como de aceite o resina, que no logro ubicar.

—Tal vez sea algún hermano que no puede dormir, como usted —dije, intentando tranquilizarlo—. Ya sabe cómo son estas noches frías.

Negó con la cabeza.

—Conozco los pasos de cada hermano. Después de tantos años de insomnio, uno aprende a distinguirlos. Estos son distintos. Más pesados. Más deliberados. Y ese olor... no viene de la cocina ni del taller. Viene de otro lugar.

—¿Ha hablado con el Prior?

—Intenté hacerlo —respondió—. Pero no me escuchó. Dijo que eran imaginaciones mías, que el cansancio me hacía ver cosas que no existían. Me ordenó que descansara y que no volviera a molestarlo con esos asuntos.

Aquella respuesta me dolió. Otra vez el Prior descartando observaciones sin considerarlas.

—Hable conmigo —le dije—. Dígame exactamente qué ha percibido.

Eliseo me miró con una mezcla de alivio y preocupación.

—Hace tres noches escuché pasos en el corredor del ala nueva —dijo—. Salí de mi celda y no vi a nadie. Pero el olor estaba ahí, fuerte, como si alguien hubiera derramado algo. Ayer lo volví a sentir, más cerca de la biblioteca.

—¿Y qué cree que significa?

—No lo sé. Tal vez nada. Tal vez mi cansancio me juega malas pasadas. Pero no me gusta, Fray Lamberto. Hay algo que no está bien.

Guardé silencio. Las palabras de Eliseo coincidían con las inquietudes de otros hermanos. Luciano, Severino, incluso Gaspar había mencionado tensiones que no lograba explicar. ¿Estarían todos viendo algo que yo me negaba a mirar?

—Voy a estar más atento —le dije—. Y si usted percibe algo más, hágamelo saber.

—Gracias, hermano —respondió—. Pero hágalo pronto. Algo no está bien. Lo siento en el aire. Lo siento en el silencio.

Salí de la cocina con una inquietud que no supe dónde colocar. Tal vez Eliseo estaba agotado. Tal vez el insomnio le estaba jugando una mala pasada. Pero sus palabras se me quedaron grabadas, como una piedra en el zapato que no logro sacar.

Hoy, al escribir estas líneas, pienso en lo que Eliseo representa para nuestra comunidad. Es el hermano que mide, que ordena, que equilibra. Su pequeño cuaderno de cuero es el símbolo de una Templanza que no se da por sentada, que se construye cada día con esfuerzo y honestidad.

La Templanza de Eliseo es frágil no porque él sea débil, sino porque vive en un mundo que no la valora. Su equilibrio depende de un orden que otros pueden estar alterando sin que él pueda impedirlo. Y eso lo hace vulnerable de una manera que me preocupa.

Si alguna vez veo la Templanza hecha carne y gesto, la veo en él. Y si alguna vez aprendo lo que significa moderarse sin reprimirse, ordenarse sin endurecerse, será gracias a su ejemplo. Fray Eliseo no necesita palabras grandes ni gestos dramáticos. Le bastan su cuaderno, su silencio y su manera de estar.

Que estas páginas honren su presencia entre nosotros. Que recuerden al hombre que lucha cada día por mantenerse entero, por controlar lo que otros dejan desbordar, por escuchar lo que otros prefieren ignorar. Fray Eliseo encarna la Templanza con una delicadeza que merece ser protegida. Y su ejemplo nos enseña que el equilibrio no es debilidad: es la más difícil de las fortalezas.

CAPÍTULO 8

FRAY FABIÁN: LA AUTORIDAD QUE ENVENENA

Hay silencios que pesan más que las palabras, y miradas que dicen más que los discursos. Durante años las vi sin entenderlas, esas miradas que el Prior Fabián dirigía a Fray Zósimo cuando creía que nadie lo observaba. Eran miradas breves, fugaces, que desaparecían en cuanto alguien se volvía hacia él. Pero yo las vi. Las vi y no supe leerlas. O tal vez no quise leerlas, porque leerlas habría significado aceptar que algo estaba profundamente mal en el corazón del hombre que gobernaba nuestra comunidad.

Debería haberlo sabido. Debería haber visto las señales. Pero la autoridad, cuando se viste de hábito y se esconde tras el título de Prior, adquiere una legitimidad que ciega. Y yo, como Sub prior, estaba más ciego que nadie.

Ahora, al mirar hacia atrás con la claridad dolorosa que sólo da la tragedia, veo lo que entonces no quise ver. Veo las escenas que presencié pero no comprendí. Veo los momentos en que Fabián dejó escapar fragmentos de esa oscuridad que lo consumía. Y veo, sobre todo, mi propia cobardía al no confrontar lo que intuía.

La primera vez que debí sospechar algo fue una tarde de otoño, meses antes del fuego. Había entrado al despacho del Prior para entregarle un informe sobre las reparaciones del tejado. La puerta estaba entreabierta y, antes de llamar, escuché su voz. Hablaba solo, algo que no me pareció extraño — muchos de nosotros rezamos en voz alta cuando estamos a solas. Pero lo que decía no era oración.

—Treinta años —murmuraba—. Treinta años y nadie me mira como lo miran a él.

Me detuve en el umbral, sin atreverme a entrar ni a retirarme. La voz del Prior tenía una cualidad que no le había escuchado antes: algo quebrado, resentido, que rozaba la amargura.

—¿Qué tiene él que yo no tenga? —continuó, y entonces comprendí que no hablaba solo: hablaba con alguien, o con algo, en un diálogo interior que se había vuelto audible—. Llevo tres décadas sirviendo a esta comunidad. Tres décadas levantándome antes que todos, durmiendo menos que nadie, cargando el peso de cada decisión. Y él llega, reza su rosario, sonríe, y todos lo ven como si fuera un santo.

Debí llamar a la puerta. Debí interrumpirlo, preguntarle si se encontraba bien, ofrecerle escuchar lo que lo atormentaba. Pero no lo hice. Me quedé ahí, inmóvil, sintiendo que estaba espiando algo que no debía ver. Y cuando al fin el Prior guardó silencio, me retiré sin hacer ruido, como un cobarde.

Esa noche no pude dormir. La voz del Prior resonaba en mi cabeza. «¿Qué tiene él que yo no tenga?» La pregunta era veneno puro. Y yo lo sabía. Pero no hice nada.

La segunda señal llegó durante una reunión capitular, semanas después. Estábamos discutiendo la distribución de tareas para la cosecha de otoño. Zósimo había sugerido, con su habitual humildad, que sería mejor adelantar el trabajo en los campos del norte porque las lluvias podrían complicar la cosecha si esperábamos demasiado. Era una observación sensata, basada en su experiencia — Zósimo había trabajado la tierra antes de ingresar al convento y conocía los ritmos de las estaciones mejor que ninguno de nosotros.

Varios hermanos asintieron, aceptando la lógica de su propuesta. Y entonces vi la mirada del Prior.

Fue un destello, nada más. Un segundo en que su rostro se endureció, en que sus ojos se volvieron fríos, como si algo dentro de él se hubiera congelado de golpe. Luego recuperó el control.

—Gracias, Fray Zósimo —dijo con voz neutra—. Pero las decisiones las tomo yo. Procederemos según el plan original.

El silencio que siguió fue incómodo. Zósimo inclinó la cabeza sin decir palabra, aceptando la corrección con esa mansedumbre suya que nunca era debilidad sino humildad genuina. Los demás hermanos bajaron la mirada. Yo intenté decir algo que suavizara el momento, pero el Prior me cortó antes de que empezara.

—¿Algo que añadir, Fray Lamberto?

—No, Padre —respondí, y odié mi propia voz al decirlo.

La reunión continuó, pero algo había quedado suspendido en el aire. Al terminar, cuando los hermanos se dispersaban hacia sus tareas, me quedé ordenando unos papeles en la sala. El Prior salió el último. Antes de irse, se detuvo junto al banco donde Zósimo había estado sentado. Lo vi pasar la mano sobre la madera, lentamente, como si quisiera borrar algo invisible.

—¿Se encuentra bien, Padre? —me atreví a preguntar.

Levantó la vista, sorprendido de verme allí.

—Perfectamente —respondió, pero su voz sonaba tensa—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, Padre. Sólo quería asegurarme.

Me miró durante un momento que se alargó más de lo necesario. Luego salió sin decir palabra.

Debí insistir. Debí preguntarle qué lo atormentaba, qué guerra libraba en silencio. Pero no lo hice. Y esa omisión me perseguirá el resto de mi vida.

La tercera señal fue más sutil, pero también más reveladora. Una tarde encontré al Prior en la capilla mayor, después de vísperas, cuando todos los demás hermanos ya se habían retirado. Estaba arrodillado frente al sagrario, pero no rezaba. Tenía las manos apretadas sobre el reclinatorio con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

Me acerqué con cautela, sin hacer ruido. Cuando estuve lo suficientemente cerca, escuché que murmuraba algo. Al principio pensé que era una oración, pero luego distinguí las palabras.

—No es justo. No es justo. Yo he dado todo. Todo. Y él... él sólo tiene que existir.

Me detuve, paralizado. La voz del Prior no era de oración sino de protesta, de queja, casi de acusación. Hablaba con Dios, sí, pero no como un hijo habla con su padre. Hablaba como un empleado resentido habla con un jefe que lo ha pasado por alto.

—Le he servido fielmente durante treinta años —continuó—. He renunciado a todo. A mi familia, a mi futuro, a cualquier ambición personal. Todo lo he puesto a tus pies. Y a cambio, ¿qué me das? ¿Un convento que me tolera pero no me ama? ¿Hermanos que me obedecen pero no me respetan?

Guardó silencio un momento. Luego, con voz más baja, casi un susurro:

—¿Por qué lo aman a él y no a mí? ¿Qué tiene él que yo no tenga?

Esa pregunta de nuevo. Ese veneno que ya había escuchado antes y que ahora volvía con más fuerza.

Debí acercarme. Debí poner una mano en su hombro, decirle que era respetado, que su trabajo no pasaba desapercibido, que no estaba solo en su lucha. Pero algo en su voz me aterrorizó. Había en ella una oscuridad que no sabía cómo abordar. Así que me retiré en silencio, igual que la primera vez, dejándolo a solas con su tormento.

Esa noche escribí en mi cuaderno: «El Prior sufre. No sé cómo ayudarlo». Y cerré el cuaderno sin hacer nada más.

La cuarta señal llegó apenas semanas antes del fuego. Estaba caminando por el claustro cuando vi al Prior saliendo del ala nueva, la que albergaba las celdas de los siete hermanos. Llevaba algo en las manos, envuelto en

un paño oscuro. Cuando me vio, se detuvo bruscamente y escondió el bulto bajo el hábito.

—Buenas tardes, Padre —saludé.

—Buenas tardes, Fray Lamberto —respondió, pero no se movió.

Hubo un silencio incómodo. Yo esperaba que siguiera su camino, pero él se quedó ahí, bloqueándome el paso.

—¿Necesita algo, Padre? —pregunté.

—No. Nada —respondió, pero sus manos seguían apretadas contra el hábito, ocultando lo que llevaba—. Sólo estaba... revisando las celdas. Hay que asegurarse de que todo esté en orden.

—¿Necesita ayuda?

—No —dijo rápidamente—. No hace falta. Ya terminé.

Se fue con prisa, casi huyendo. Yo me quedé ahí, mirándolo alejarse, sintiendo que algo no encajaba. ¿Qué revisaba en las celdas? ¿Por qué llevaba algo escondido? ¿Por qué esa actitud defensiva, casi culpable?

Debí seguirlo. Debí preguntarle directamente qué ocultaba. Debí entrar al ala nueva y revisar qué había estado haciendo. Pero no lo hice. Porque cuestionar al Prior era cuestionar la autoridad, y yo había sido formado para no hacerlo.

Esa noche, un novicio vino a verme. Era uno de los jóvenes que hacían labores de limpieza en el despacho del Prior. Parecía nervioso.

—Fray Lamberto —dijo en voz baja—, ¿puedo hablar con usted?

—Por supuesto, hermano. ¿Qué ocurre?

—He visto algo que me inquieta.

—¿Qué has visto?

—Frascos. En el despacho del Padre Prior. Frascos de aceite, muchos, escondidos detrás de los libros. Y no son los aceites que usamos en la cocina o para las lámparas. Son más... densos. Más oscuros.

—¿Aceite? ¿Para qué necesitaría el Prior aceite?

—No lo sé, hermano. Pero cuando le pregunté si necesitaba ayuda, se puso muy nervioso y me ordenó que no hablara de lo que había visto. Me dijo que eran asuntos del priorato que no me concernían.

Debí actuar en ese momento. Debí ir directamente al despacho del Prior y exigir una explicación. Debí alertar al obispo, convocar una investigación, hacer algo. Pero no lo hice.

—Seguramente tiene una explicación razonable —le dije al novicio—. El Prior no haría nada indebido. Confía en su autoridad y no hables de esto con nadie más. No queremos sembrar sospechas sin fundamento.

El novicio asintió, aliviado de poder soltar esa carga. Y yo me quedé con ella, sin saber qué hacer.

Esa noche tampoco pude dormir. En mi celda, mirando el techo oscuro, intentaba encontrar una explicación inocente para todo lo que había visto: las palabras amargas, las miradas frías, el comportamiento furtivo, los frascos de aceite escondidos. Pero no la encontraba.

Y sin embargo, no hice nada.

La quinta y última señal llegó la noche anterior al fuego. Yo estaba en mi celda cuando escuché pasos en el corredor. Pasos lentos, cautelosos, que no seguían el ritmo habitual de los hermanos que caminan hacia completas. Me asomé con cuidado y vi al Prior caminando hacia el ala nueva. Llevaba una lámpara en una mano y algo más en la otra, algo que no pude distinguir en la oscuridad.

Lo seguí a distancia, manteniéndome en las sombras. Lo vi entrar al ala nueva, la que albergaba las celdas de los siete hermanos. Esperé unos minutos. Luego vi que salía, más rápido que antes, con las manos vacías y la expresión alterada. Tenía manchas oscuras en las mangas del hábito, como si hubiera tocado algo aceitoso.

Debí detenerlo ahí mismo. Debí exigirle que me dijera qué había estado haciendo. Debí entrar al ala nueva y comprobar qué había dejado allí. Pero el miedo me paralizó. El miedo y la obediencia mal entendida.

En lugar de actuar, volví a mi celda. Me arrodillé frente al crucifijo y recé. Recé pidiendo claridad, pidiendo valor, pidiendo que mis sospechas fueran infundadas. Recé hasta que el cansancio me venció y me quedé dormido sobre el reclinatorio.

Horas después, el fuego despertaría al convento. Y todo lo que no hice, todas las veces que callé, todas las señales que ignoré, se convertirían en peso insoportable que cargaré hasta el día de mi muerte.

Hoy, al escribir estas líneas, veo con claridad lo que entonces me negaba a ver. El Prior Fabián no era un hombre malo que se volvió malvado de la noche a la mañana. Era un hombre que durante treinta años había servido con dedicación, con esfuerzo, con renuncia genuina. Pero en algún momento de ese largo camino, algo se torció en su interior.

La envidia comenzó como una semilla pequeña: ¿por qué los hermanos buscaban más a Zósimo que a él? Creció lentamente, alimentándose de comparaciones: ¿por qué la santidad de Zósimo parecía tan natural mientras la suya requería tanto esfuerzo? Se convirtió en resentimiento: ¿por qué Dios bendecía a Zósimo con una luz que a él le negaba? Y finalmente se transformó en odio: había que apagar esa luz que lo hacía sentir pequeño, oscuro, vacío.

El Prior no mató a Zósimo por maldad pura. Lo mató porque la presencia de Zósimo le recordaba constantemente lo que él no era. Y en lugar de permitir que esa luz lo transformara, decidió extinguirla. Creyó que sin Zósimo podría respirar, que podría por fin ser el líder espiritual que la

comunidad necesitaba. Creyó que eliminando el espejo que le mostraba sus sombras, las sombras desaparecerían.

Se equivocó. Porque cuando el fuego consumió a Zósimo, también consumió a Ilán, a Gaspar, a Luciano, a Severino, a Rodrigo y a Eliseo. Seis vidas inocentes que murieron porque un hombre no supo manejar su propia oscuridad.

Y yo, que vi las señales y no actué, que escuché las advertencias y no respondí, que intuí el peligro y no lo detuve, cargo con mi parte de culpa. No encendí el fuego, pero dejé que se acumulara el combustible. No maté a los hermanos, pero no los salvé cuando pude haberlo hecho.

La autoridad del Prior me cegó. La obediencia mal entendida me paralizó. El miedo a confrontar me silenció. Y siete hombres murieron en las llamas que yo pude haber apagado antes de que ardieran.

Esta es la verdad que debo confesar. Esta es la carga que debo llevar. Y esta es la lección que aprendí demasiado tarde: que la verdadera obediencia no es sometimiento ciego, sino discernimiento activo. Que respetar la autoridad no significa nunca cuestionarla. Que el silencio cómplice es tan culpable como el acto mismo.

Fray Fabián encendió el fuego. Pero yo dejé que lo preparara. Y esa complicidad involuntaria es algo con lo que tendré que vivir el resto de mis días.

Que estas páginas sirvan de advertencia para quien las lea: la autoridad sin virtud es peligrosa. Y la obediencia sin discernimiento puede convertirse en complicidad con el mal.

El Prior Fabián cayó por envidia. Yo caí por cobardía. Los siete hermanos murieron porque ninguno de los dos tuvo la fuerza de hacer lo correcto cuando aún había tiempo.

Y ahora sólo quedan cenizas, culpa y la pregunta que me perseguirá hasta la tumba: ¿por qué no actué cuando pude?

CAPÍTULO 9

LA VIDA EN EL CLAUSTRO ANTES DEL FUEGO

A veces me pregunto si el destino deja marcas visibles en las horas que preceden a una tragedia, o si somos nosotros quienes, después del desastre, volvemos sobre esos momentos buscando señales que en su momento no supimos leer. Lo cierto es que el día anterior al incendio transcurrió con una normalidad casi dolorosa. Nada, en apariencia, indicaba lo que vendría. El convento siguió su ritmo de siempre, como un corazón que late sin saber que está a punto de detenerse. Y quizá sea esa normalidad la que más duele recordar: la vida que seguía su curso mientras la muerte se preparaba en silencio.

Me desperté antes del amanecer, como cada día, con el sonido de la campana llamando a maitines. El frío de la madrugada atravesaba los muros de piedra y se colaba por las rendijas de la ventana, ese frío húmedo de la sierra que cala hasta los huesos. Me vestí con rapidez, el hábito áspero contra la piel todavía tibia del sueño, y salí al corredor donde otros hermanos ya caminaban en silencio hacia la capilla. Nadie hablaba. No hacía falta. Conocíamos el camino de memoria, lo habíamos recorrido miles de veces.

El cielo estaba oscuro, sin estrellas, cubierto por una capa de nubes que presagiaban lluvia. Pero la lluvia no llegó. Quizá si hubiera llovido, las cosas habrían sido distintas. Quizá el agua habría apagado el fuego antes de que se extendiera. Quizá los hermanos habrían tenido tiempo de escapar. Pero no llovió. El cielo guardó su agua como si la reservara para otro momento.

En la capilla, las voces se alzaron unidas para el primer oficio del día. El coro era siempre un momento de paz, un espacio donde las preocupaciones del mundo quedaban suspendidas y sólo existían las palabras antiguas, los salmos que tantas generaciones habían cantado antes que nosotros. Yo ocupé mi lugar habitual, cerca del altar, y desde allí pude ver a los siete hermanos que más tarde morirían en el fuego.

Zósimo estaba arrodillado con los ojos cerrados, su rostro sereno como siempre, como si la oración fuera para él un estado natural del que nunca salía del todo. Ilán cantaba con esa voz clara que parecía venir de otro tiempo, una voz que siempre me hacía pensar en ángeles. Gaspar tenía las manos juntas sobre el pecho, firmes pero delicadas, las manos de quien sabe cuidar. Luciano seguía el salterio con su habitual concentración, la mirada fija en las palabras como si buscara en ellas algo más que su significado literal. Severino miraba al frente con esa expresión suya que mezclaba gravedad y calma, la expresión de quien ha hecho las paces con la verdad. Rodrigo permanecía inmóvil, sólido como una roca, anclado a algo que los demás no podíamos ver. Y Eliseo, un poco apartado de los demás, rezaba con los labios apenas moviéndose, en ese silencio interior que era su marca.

Los miré sin saber que era la última vez que los vería así, juntos, vivos, entregados a la oración. Si lo hubiera sabido, ¿qué habría hecho? ¿Los habría abrazado uno por uno? ¿Les habría dicho lo que significaban para mí? ¿Les habría pedido perdón por todas las veces que no los escuché? No lo sé. Tal vez sólo me habría quedado mirándolos un poco más, grabándolos en la memoria con la desesperación de quien sabe que el tiempo se acaba.

Después de maitines vino el desayuno, en silencio según la regla, y luego las tareas de la mañana. Yo tenía que revisar unas cuentas con el ecónomo y supervisar unos trabajos en el tejado. El Prior me había pedido que me asegurara de que las reparaciones estuvieran terminadas antes del invierno, ya que algunas tejas se habían movido durante las tormentas del otoño anterior. Subí a la torre con un hermano joven —no recuerdo su

nombre, era un novicio recién llegado— y desde allí contemplé el convento entero.

Fue un momento extraño. Los patios, los claustros, el huerto, las celdas, el ala nueva donde estaban los dormitorios. Todo parecía en orden. Todo parecía en paz. El sol comenzaba a asomar entre las nubes y proyectaba sombras largas sobre los tejados. El viento soplaba suave, trayendo olor a tierra y a romero. Era un día hermoso, de esos que invitan a dar gracias por estar vivo. Y sin embargo, algo en mí se sentía inquieto. Una sensación vaga, indefinida, como de espera.

Bajé alrededor del mediodía y me crucé con Fray Eliseo en el corredor. Tenía ojeras marcadas y el paso cansado. Su rostro mostraba la fatiga de muchas noches sin dormir.

—¿Mala noche, hermano? —le pregunté.

—Regular —respondió—. Pero ya pasará.

No me dijo nada del olor extraño ni de los pasos que había escuchado. Tal vez pensó que ya me lo había contado todo. Tal vez estaba demasiado cansado para repetirlo. Lo dejé ir sin insistir. Otra oportunidad perdida.

La comida del mediodía fue tranquila. Se leyó un fragmento de San Agustín mientras comíamos, una meditación sobre la paciencia y la confianza en Dios. No recuerdo las palabras exactas. Recuerdo, en cambio, que el Prior apenas probó bocado. Movía la cuchara en el plato sin llevársela a la boca, con la mirada fija en algún punto del muro. Lo vi así varias veces ese día: distraído, ausente, como si su mente estuviera en otro lugar. Ahora sé en qué estaba pensando.

Por la tarde, después de la siesta que nunca lograba conciliar del todo, caminé por el claustro intentando poner en orden mis pensamientos. Había algo que me inquietaba, una sensación difusa que no lograba identificar. Era como si el aire estuviera más denso de lo habitual, como si el convento contuviera la respiración. Me detuve frente a la fuente del patio central y observé el agua caer, ese sonido constante que tanto me calmaba en momentos de agitación.

Entonces vi a Fray Rodrigo sentado en un banco, con las manos sobre las rodillas, mirando el suelo. Su postura era la de un hombre que espera algo, aunque no sepa qué.

—¿Está usted bien, hermano? —le pregunté.

Levantó la cabeza y me miró con una expresión que no supe interpretar. Había en sus ojos algo que podría ser tristeza o resignación, o quizá una mezcla de ambas.

—Sí —respondió—. Sólo pensaba.

—¿En qué?

Tardó un momento en responder.

—En que a veces las cosas se rompen antes de que uno pueda arreglarlas.

No supe qué decir. Pensé que hablaba de algún objeto, de alguna tarea pendiente en el taller. Ahora entiendo que hablaba de algo mucho más grande.

La tarde siguió su curso con la lentitud de las tardes de otoño. Asistí a vísperas con la comunidad, ceñí bien el hábito contra el frío que ya empezaba a apretar, y después de la cena me retiré a mi celda para leer un rato antes de completas. Estaba hojeando un tratado antiguo sobre la vida contemplativa cuando escuché pasos en el corredor. Me asomé y vi al Prior caminando hacia el ala nueva. Iba solo, sin linterna, como si conociera el camino de memoria en la oscuridad.

—Padre —lo llamé—, ¿necesita algo?

Se detuvo un instante. No se volvió a mirarme.

—No, Lamberto. Vaya a descansar.

No dijo más. Siguió caminando y desapareció en la oscuridad del pasillo. Yo volví a mi celda con una vaga sensación de incomodidad que no supe nombrar. Tal vez debí haber ido tras él. Tal vez debí haber preguntado adónde iba, qué hacía a esas horas en esa parte del convento. Pero no lo hice. Confié en él, como siempre. Y esa confianza fue mi última falla antes del desastre.

Completas transcurrieron sin novedad. Cantamos el Nunc dimittis, recibimos la bendición, y cada uno se retiró a su celda para el gran silencio. Recuerdo que antes de acostarme miré por la ventana. El cielo seguía cubierto, sin luna, sin estrellas. El viento soplaba entre los cipreses con un sonido que parecía un lamento, un quejido largo y sordo que se arrastraba por los tejados.

Me acosté pensando en todo y en nada. En las cuentas que debía revisar al día siguiente. En las reparaciones del tejado. En la expresión ausente del Prior durante la comida. En los ojos cansados de Eliseo. En las palabras de Rodrigo sobre las cosas que se rompen. Tardé en dormirme. Y cuando por fin lo hice, soñé con fuego.

No recuerdo el sueño con claridad. Sólo fragmentos sueltos: llamas que subían por los muros, humo que llenaba los corredores, gritos que se perdían en la noche. Me desperté sobresaltado, con el corazón golpeándome el pecho, y por un momento creí que todo había sido real. Pero la celda estaba en silencio. No había fuego. No había humo. Sólo la oscuridad y el frío.

Me volví a acostar, intentando calmarme. Los sueños no significan nada, me dije. Son sólo sombras que el cansancio dibuja en la mente. Me obligué a cerrar los ojos, a regular la respiración, a vaciar la cabeza de imágenes.

Y entonces escuché el primer crujido.

Al principio pensé que era un ruido cualquiera, un tablón que cedía, una viga que se asentaba bajo el peso de los años. Pero el crujido se repitió, más fuerte, más cercano, y luego vino un olor que reconocí de inmediato:

madera quemada. Me levanté de un salto, abrí la puerta y vi el resplandor anaranjado al final del corredor.

El fuego había comenzado.

Salí corriendo, gritando para alertar a los demás, pero el humo ya era espeso y me obligaba a agacharme. Escuché voces, pasos, puertas que se abrían. Intenté llegar al ala nueva, donde estaban los siete hermanos, pero una viga cayó frente a mí bloqueando el paso. El calor era insoportable. Las llamas rugían como una bestia viva, alimentándose de todo lo que encontraban a su paso. Retrocedí, busqué otra ruta, pero todo estaba cerrado, todo ardía.

No sé cuánto tiempo pasé intentando avanzar. Sé que en algún momento caí de rodillas, que el humo me llenó los pulmones, que mis ojos ya no podían ver. Alguien me tomó del brazo y me arrastró hacia el patio. Perdí el conocimiento antes de llegar.

Cuando desperté, el amanecer ya estaba ahí. Gris, sucio, lleno de cenizas. Y el convento que había sido mi hogar durante tantos años ya no existía. Era sólo un esqueleto de muros ennegrecidos, vigas caídas, escombros humeantes.

Los siete hermanos habían muerto.

Y yo seguía vivo.

Todavía no sé por qué.

CAPÍTULO 10

EL FUEGO DESCENDIÓ SOBRE NOSOTROS

Hay noches que no terminan nunca. Que se instalan en la memoria como heridas abiertas y vuelven, intactas, cada vez que uno cierra los ojos. La noche del incendio fue una de ellas. Por más que intento ordenarla en palabras, siempre me queda la sensación de que algo se me escapa, de que el horror de aquellas horas excede cualquier relato. El lenguaje fue hecho para describir la vida, no para capturar el momento en que la vida se convierte en ceniza. Pero debo intentarlo. Debo poner en papel lo que viví, aunque sólo sea para que la verdad no muera conmigo.

Todo comenzó con un crujido. No un ruido fuerte ni estruendoso, sino uno seco, como de madera que cede bajo un peso invisible. Yo estaba en mi celda, despierto tras un sueño inquieto que me había dejado con el corazón agitado, y al principio pensé que se trataba de un tablón del techo o de una rama golpeando contra el muro. Era una noche de viento, después de todo, y el convento estaba lleno de ruidos antiguos que uno aprendía a ignorar.

Pero luego vino el olor. Ese olor inconfundible a humo y a madera quemada que te llena los pulmones antes de que puedas reaccionar, ese olor que despierta un terror primitivo, ancestral, grabado en lo más hondo del cuerpo. Me incorporé de un salto y abrí la puerta de mi celda. El corredor

estaba oscuro, apenas iluminado por la luz tenue de una vela que alguien había dejado encendida en un rincón. Pero al fondo, donde el pasillo doblaba hacia el ala nueva, vi un resplandor anaranjado que no debería estar ahí. Un resplandor que crecía, que palpitaba, que se movía como algo vivo.

—¡Fuego! —grité—. ¡Fuego en el convento!

Mi voz rasgó el silencio de la noche y rebotó en los muros de piedra. Comencé a correr hacia las celdas de los hermanos, golpeando puertas, repitiendo el grito que ya me desgarraba la garganta. Algunos salieron de inmediato, con los ojos desorbitados y el hábito mal puesto, la confusión del sueño interrumpido pintada en sus rostros. Otros tardaron más, incapaces de comprender lo que estaba pasando, aferrados todavía a la esperanza de que fuera una pesadilla.

El humo empezaba a espesarse. Podía sentirlo raspándome los ojos, metiéndose en la nariz, dificultando cada respiración. Era un humo negro y denso, distinto al humo de una chimenea o de una fogata. Era el humo de algo grande que ardía, algo que se consumía sin control.

Logré sacar a varios hermanos del ala donde estaba mi celda. Los empujé hacia el patio central, les ordené que salieran al exterior, que no volvieran atrás por nada del mundo. Vi sus rostros iluminados por el resplandor del fuego, vi el terror en sus ojos, la incredulidad de quien no puede aceptar lo que está viendo. Pero mi mente estaba en otra parte. Mi mente estaba en el ala nueva, donde dormían Zósimo, Ilán, Gaspar, Luciano, Severino, Rodrigo y Eliseo.

Corrí hacia allá con toda la fuerza que mis piernas me permitían.

El pasillo que conectaba ambas alas ya estaba lleno de humo. Avancé agachado, con la manga del hábito sobre la boca, sintiendo el calor aumentar a cada paso. Las llamas todavía no habían llegado a ese tramo, pero podía oír su rugido detrás de los muros, un rugido grave y hambriento, como si una bestia estuviera devorando el convento desde dentro.

Al llegar al ala nueva, me encontré con una pared de fuego. El incendio había avanzado más rápido de lo que imaginaba, mucho más rápido de lo que debería ser natural. Las llamas subían por las vigas, lamían las paredes con lenguas anaranjadas y azules, se extendían por el techo con una voracidad que me heló la sangre. El calor era insoportable, tan intenso que sentí que la piel de mi rostro comenzaba a arder. Tuve que retroceder.

—¡Hermanos! —grité con toda la fuerza que me quedaba—. ¡Zósimo! ¡Ilán! ¡Gaspar!

Nadie respondió. O quizá respondieron, pero el rugido del fuego ahogaba sus voces. Quizá estaban gritando al otro lado de las llamas, pidiendo ayuda, y yo no podía oírlos.

Intenté encontrar otra ruta. Volví sobre mis pasos, busqué un acceso por el corredor lateral, pero una viga cayó frente a mí bloqueando el paso. El

impacto levantó una nube de chispas que me quemó el rostro y las manos, y el dolor me hizo gritar. Caí al suelo, aturdido, con el humo llenándome los pulmones. Por un momento pensé que iba a morir ahí, solo, sin haber podido salvar a nadie. Por un momento deseé morir, porque la idea de sobrevivir mientras ellos perecían me resultaba insoportable.

Entonces sentí unas manos que me tomaban por los brazos y me arrastraban hacia atrás. Era un hermano joven —el mismo novicio con quien había subido al tejado esa mañana— que me había seguido a pesar de mis órdenes. Me sacó del pasillo, me obligó a levantarme, me guio hacia el patio central mientras yo luchaba por respirar.

—Tienen que estar vivos —balbuceé, aunque sabía que era mentira—. Tienen que estar vivos.

—No podemos volver, hermano —me dijo, y su voz temblaba—. El fuego lo ha tomado todo.

Caí de rodillas en el patio, incapaz de sostenerme. A mi alrededor había otros hermanos, algunos llorando, otros rezando con las manos alzadas hacia un cielo que no respondía, otros simplemente mirando las llamas con una expresión vacía, ausente, como si su mente se hubiera ido a otro lugar para no ver lo que estaba pasando. El convento ardía. El cielo estaba rojo. El rugido del fuego era tan fuerte que ahogaba cualquier otro sonido, incluso los gritos, incluso las oraciones.

No sé cuánto tiempo pasó. Minutos, horas, no lo sé. El tiempo se había vuelto algo espeso, irreal, como si la noche se hubiera detenido para contemplar nuestra destrucción. En algún momento perdí el conocimiento. El humo, el calor, el agotamiento físico y emocional me vencieron. Y cuando volví a abrir los ojos, el amanecer ya estaba ahí.

Un amanecer gris, sucio, cubierto de cenizas que caían como una nieve obscena. El fuego había cedido, pero los restos del convento todavía humeaban, columnas de humo gris que subían hacia el cielo como si el edificio siguiera exhalando su último aliento. Lo que antes eran muros sólidos ahora eran esqueletos ennegrecidos. Lo que antes eran corredores ahora eran montones de escombros. Y en el ala nueva, donde habían dormido los siete hermanos, no quedaba nada. Sólo ruinas.

Me levanté con esfuerzo, cada músculo de mi cuerpo protestando, y caminé hacia los restos. No sé qué esperaba encontrar. Tal vez la esperanza absurda de que alguien hubiera sobrevivido. Tal vez la necesidad de ver con mis propios ojos lo que mi mente se negaba a aceptar. Tal vez simplemente la incapacidad de quedarme quieto mientras el mundo que conocía se convertía en ceniza.

Lo que encontré fue peor de lo que imaginaba.

Seis cuerpos carbonizados, irreconocibles, reducidos a formas que apenas conservaban la apariencia humana. Estaban esparcidos entre los escombros, algunos cerca de las puertas, como si hubieran intentado

escapar, otros en el centro de lo que habían sido sus celdas, como si el fuego los hubiera sorprendido dormidos. El olor era insoportable, un olor que se quedó en mi nariz durante semanas y que todavía hoy, a veces, regresa sin aviso. Tuve que apartarme y vomitar. Y luego seguí mirando, porque no podía dejar de mirar.

Pero entonces vi algo que me detuvo.

En medio de las cenizas, apartado de los demás, había un cuerpo intacto. No estaba quemado. No estaba ennegrecido. No tenía la rigidez espantosa de la muerte violenta. Estaba tendido boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho, como si alguien lo hubiera colocado ahí con cuidado, con ternura incluso. Y su rostro —aún puedo verlo cuando cierro los ojos— tenía una serenidad que no pertenecía a este mundo.

Era Fray Zósimo.

Me acerqué temblando, sin poder creer lo que estaba viendo. A mi alrededor, todo era destrucción, muerte, ceniza. Pero ese cuerpo estaba intacto. Su hábito no tenía una sola marca de fuego. Su piel no mostraba quemaduras. Sus rasgos conservaban la paz que yo le había visto tantas veces durante la oración, esa paz que parecía venir de un lugar muy profundo, un lugar al que el fuego no podía llegar.

Caí de rodillas junto a él y lloré. Lloré por él, por los demás, por el convento, por todo lo que habíamos perdido. Lloré hasta que ya no me quedaron lágrimas, hasta que mi cuerpo no pudo más. Y cuando levanté la cabeza, vi que otros hermanos se habían acercado y miraban el cuerpo con la misma expresión de asombro y terror que yo sentía.

Nadie dijo nada. Nadie podía decir nada.

Porque lo que estábamos viendo no tenía explicación.

El Prior llegó poco después. Venía del otro lado del patio, con el hábito manchado de hollín y el rostro cubierto de ceniza. Se detuvo frente al cuerpo de Zósimo y lo miró durante un largo momento. Su expresión era indescifrable. No había en ella dolor ni sorpresa ni alivio. Había algo más, algo que entonces no supe nombrar y que sólo entendería mucho después.

—Que nadie toque nada —dijo con voz ronca—. Hay que avisar a Roma.

Se dio la vuelta y se alejó sin decir más.

Yo me quedé ahí, arrodillado junto al cuerpo incorrupto, incapaz de moverme. El sol comenzaba a asomarse entre las nubes de humo, proyectando una luz amarillenta y enferma sobre los escombros. Un nuevo día empezaba. Pero para mí, y para lo que quedaba de Scala Coeli, nada volvería a ser igual.

Esa mañana comprendí algo que me acompaña hasta hoy: el fuego no sólo consume lo que toca. También revela lo que estaba oculto. Las llamas que devoraron nuestro convento trajeron a la luz una santidad que no habíamos sabido ver y una oscuridad que no habíamos querido mirar.

Y yo, que sobreviví sin merecerlo, quedé para contarlo.

CAPÍTULO 11
SEIS CENIZAS, UN INCORRUPTO

Los días que siguieron al incendio fueron los más extraños de mi vida. Había en ellos una mezcla de duelo, desconcierto y asombro que no sabía cómo procesar. Caminábamos entre ruinas, dormíamos en dependencias improvisadas que habían sobrevivido al fuego, rezábamos en espacios que ya no eran la capilla pero que cumplían su función. Y en medio de todo eso, el cuerpo incorrupto de Fray Zósimo permanecía tendido en el mismo lugar donde lo habíamos encontrado, como si esperara algo, como si su presencia fuera un mensaje que todavía no lográbamos descifrar.

El Prior había ordenado que nadie lo tocara hasta que llegara la comisión de Roma. Colocamos un cordón alrededor, delimitando un espacio sagrado en medio de los escombros, y un hermano hacía guardia día y noche. Pero eso no impedía que los demás se acercaran a mirarlo, a rezar junto a él, a tocarlo con la mirada como si pudieran absorber algo de su misterio. Yo mismo volví varias veces. Me arrodillaba a unos pasos de distancia y lo observaba durante largos ratos, buscando una explicación que no encontraba.

¿Cómo era posible que ese cuerpo no se hubiera quemado? ¿Cómo era posible que su rostro conservara esa serenidad, esa paz que parecía venir de otro mundo? Los otros seis hermanos habían muerto en el mismo lugar, atrapados por el mismo fuego, respirando el mismo humo, y sin embargo sus cuerpos eran irreconocibles. ¿Qué hacía diferente a Zósimo? ¿Qué fuerza lo había protegido mientras todo a su alrededor se consumía?

Algunos hermanos comenzaron a hablar de milagro. La palabra circulaba en susurros, con una mezcla de reverencia y temor. Otros preferían buscar explicaciones naturales: tal vez el fuego no había llegado con la misma intensidad a todos los rincones; tal vez Zósimo había muerto antes de que las llamas lo alcanzaran; tal vez el humo lo había vencido primero y por eso su cuerpo no mostraba las marcas del fuego. Pero ninguna de esas explicaciones convencía del todo. Había algo en ese cuerpo intacto que desafiaba la lógica, que obligaba a mirar más allá de lo evidente.

Yo, por mi parte, no sabía qué pensar. Mi fe había sido puesta a prueba demasiadas veces en los últimos días. Había visto morir a hombres buenos, había visto arder el convento que consideraba mi hogar, había perdido a hermanos que admiraba y quería. Y ahora, frente a ese cuerpo incorrupto, sentía una mezcla de esperanza y temor que no lograba articular. Esperanza porque quizá aquello significaba que Dios seguía presente, que no nos había abandonado. Temor porque no sabía qué consecuencias tendría, qué exigiría de mí.

La comisión vaticana llegó cinco días después del incendio. Eran tres hombres: un obispo de rostro severo y mirada penetrante, un teólogo que tomaba notas sin cesar, y un médico mayor de gestos meticulosos. Venían con instrucciones precisas de investigar los hechos, examinar el cuerpo y determinar si había elementos que justificaran la apertura de un proceso canónico. El Prior los recibió con la solemnidad de siempre, aunque yo noté en él una tensión que no era habitual. Sus movimientos eran más rígidos, su voz más controlada, sus ojos evitaban los míos. Algo lo inquietaba.

El primer examen del cuerpo se realizó esa misma tarde. El médico de la comisión se acercó a Zósimo con una reverencia que mezclaba lo científico y lo religioso, como si supiera que estaba frente a algo que excedía su competencia. Lo observó durante varios minutos sin tocarlo, recorriendo con la mirada cada detalle del rostro, de las manos, del hábito. Luego tomó notas, hizo preguntas sobre las circunstancias del incendio, pidió que le trajeran luz adicional para ver mejor. Cuando finalmente se incorporó, su rostro tenía una expresión que no supe interpretar.

—El cuerpo no presenta signos de descomposición —dijo, dirigiéndose al obispo—. Tampoco presenta signos de combustión. La piel está intacta. Los tejidos parecen conservados. No hay explicación médica para esto.

El obispo asintió en silencio, como si la respuesta no lo sorprendiera. El teólogo siguió escribiendo.

Yo estaba presente en ese momento, como Subprior, y sentí que algo cambiaba en el aire. La palabra que nadie se atrevía a pronunciar —milagro — flotaba entre nosotros como una posibilidad cada vez más concreta.

Los días siguientes fueron de interrogatorios. La comisión habló con cada uno de los hermanos sobrevivientes, uno por uno, en sesiones que duraban horas. Nos preguntaron por la vida del convento, por las rutinas, por las relaciones entre los hermanos. Nos preguntaron por el Prior, por su manera de gobernar, por sus decisiones. Y, sobre todo, nos preguntaron por Zósimo: cómo era, qué hacía, cómo rezaba, cómo trataba a los demás, si había algo extraordinario en su comportamiento.

Yo respondí con la mayor honestidad que pude. Hablé de la fe profunda de Zósimo, de su manera de escuchar sin juzgar, de su presencia serena en la capilla y en el huerto. Hablé de las conversaciones que habíamos tenido, de las enseñanzas que me había dado sin proponérselo. Hablé de cómo su sola presencia bastaba para que uno se sintiera en paz. Y mientras hablaba, sentí que estaba rindiendo homenaje a un hombre que, en vida, nunca había buscado reconocimiento.

Pero también tuve que hablar de otras cosas. De las tensiones que había percibido en el convento. De las advertencias de Luciano y Severino. De los sueños de Rodrigo. De los ruidos que Eliseo había escuchado antes del incendio. Todo eso formaba parte de la verdad, y la comisión necesitaba saberlo para comprender lo que había pasado.

Recuerdo el momento en que el obispo me preguntó directamente:

—Hermano Lamberto, ¿tiene usted alguna sospecha sobre el origen del incendio?

Guardé silencio durante varios segundos. Era la pregunta que más temía. La pregunta que me obligaba a decir lo que no quería decir, a señalar lo que no quería señalar.

—Sí —respondí al fin—. Creo que el incendio no fue accidental.

—¿En qué basa esa sospecha?

—En las advertencias de varios hermanos. En los ruidos y olores que se percibieron los días previos. En la actitud del Prior, que mostraba señales de inquietud y comportamientos extraños que yo no supe interpretar a tiempo.

El obispo me miró con una seriedad que me heló.

—¿Está usted acusando al Prior?

—No —dije—. Estoy diciendo lo que vi. La acusación, si la hay, corresponde a ustedes.

Aquella respuesta me costó pronunciarla. Pero sabía que era necesaria. La verdad tenía que salir a la luz, aunque doliera, aunque me implicara a mí mismo.

La investigación continuó durante semanas. La comisión examinó los restos del convento con minuciosidad, recogió muestras de los escombros, analizó documentos que habían sobrevivido al fuego. Entrevistó a todos los hermanos, incluido el Prior, cuyas respuestas —según supe después— fueron evasivas y contradictorias. Poco a poco, las piezas fueron encajando.

Una tarde, el obispo me llamó a su despacho temporal, una habitación pequeña en una de las dependencias que habían sobrevivido. Su rostro estaba grave, más grave de lo habitual.

—Hermano Lamberto —dijo—, hemos llegado a una conclusión sobre el origen del incendio.

Esperé sin decir nada. Sentí que el corazón se me aceleraba.

—Las evidencias indican que fue provocado deliberadamente. Se encontraron restos de sustancias inflamables en varios puntos del ala nueva. Y las circunstancias apuntan a una persona.

—¿Al Prior? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

El obispo asintió.

—El Padre Fabián será sometido a un proceso interno. Roma tomará las medidas correspondientes.

Sentí que el suelo se hundía bajo mis pies. Aunque lo sospechaba, escucharlo confirmado era otra cosa. El hombre que había sido mi superior durante años, el hombre cuya aprobación había buscado con tanto empeño, era el responsable de la muerte de siete hermanos. El responsable de la destrucción de Scala Coeli. El responsable de una tragedia que pudo haberse evitado.

—¿Y el cuerpo de Fray Zósimo? —pregunté, intentando aferrarme a algo que tuviera sentido.

El obispo respiró hondo antes de responder.

—La comisión ha determinado que el fenómeno de incorruptibilidad no tiene explicación natural. Nuestro médico ha examinado el cuerpo varias veces y no encuentra causa orgánica para su estado. Sumado a los testimonios sobre su vida virtuosa y a las circunstancias de su muerte, hay elementos suficientes para recomendar la apertura de un proceso de beatificación.

Me quedé en silencio, incapaz de procesar todo lo que estaba escuchando. Zósimo podía convertirse en santo. Y Fabián iba a ser juzgado como criminal. Las dos caras de la misma tragedia, la luz y la oscuridad reveladas por el mismo fuego.

Esa noche volví al lugar donde yacía el cuerpo incorrupto. La luna estaba llena y bañaba los escombros con una luz fría, plateada. Me arrodillé junto a él y recé como no había rezado en mucho tiempo. Le pedí perdón por no haber escuchado las advertencias. Le pedí perdón por haber sido ciego ante las sombras del Prior. Y le pedí, sobre todo, que intercediera por nosotros, por los que quedábamos, para que pudiéramos reconstruir algo de lo que el fuego había destruido.

No sé si me escuchó. No sé si los santos escuchan. Pero cuando me levanté, sentí que algo había cambiado en mí. Una paz pequeña, frágil, como una semilla que todavía no sabe si va a germinar.

El cuerpo de Fray Zósimo fue trasladado a Roma poco después, con todos los honores que correspondían. El proceso de beatificación comenzó oficialmente meses más tarde. Y yo me quedé en los restos del convento, con los pocos hermanos que sobrevivieron, intentando darle sentido a lo que había ocurrido.

Seis cenizas. Un incorrupto. Y una verdad que el fuego había revelado.

Eso fue lo que quedó de nosotros.

CAPÍTULO 12

LA VERDAD QUE ARDIÓ EN SILENCIO

Los interrogatorios de la comisión vaticana duraron semanas. Cada día traía nuevas preguntas, nuevos testimonios, nuevas piezas de un rompecabezas que iba tomando forma lentamente, como un cuadro que se revela trazo a trazo hasta que la imagen completa aparece ante nuestros ojos. Yo fui llamado varias veces, y cada vez que entraba en aquella sala improvisada —una dependencia del convento que había sobrevivido al fuego— sentía que me adentraba en un territorio donde la verdad ya no podía ocultarse.

El obispo que presidía la comisión era un hombre de mirada penetrante y pocas palabras. No hacía preguntas innecesarias ni se perdía en rodeos. Iba

directo al punto, y esperaba respuestas igualmente directas. Había en él una seriedad que imponía respeto, pero también una justicia que tranquilizaba. A su lado, el teólogo tomaba notas sin levantar la vista, llenando página tras página con una caligrafía diminuta, y el médico observaba con una expresión que mezclaba curiosidad científica y cautela espiritual.

—Hermano Lamberto —me dijo el obispo en uno de los interrogatorios, después de repasar mis declaraciones anteriores—, usted era el Subprior. Usted estaba más cerca del Padre Fabián que nadie en este convento. ¿Cómo es posible que no viera lo que estaba pasando?

La pregunta me golpeó como una bofetada. No por su dureza, sino por su exactitud. Era la misma pregunta que yo me hacía cada noche, cada vez que cerraba los ojos e intentaba dormir sin conseguirlo. La misma pregunta que me perseguía en los corredores vacíos del convento y en los silencios de la oración.

—Porque no quise verlo —respondí al fin, con una honestidad que me costó pronunciar—. Porque confundí la obediencia con la ceguera. Porque el respeto hacia la autoridad me impidió cuestionar lo que debería haber cuestionado.

El obispo asintió lentamente, como si mi respuesta confirmara algo que ya sabía.

—La obediencia mal entendida es una de las formas más peligrosas de complicidad —dijo—. No lo digo para acusarlo, hermano. Lo digo para que lo tenga presente en el futuro. La verdadera obediencia no es sometimiento ciego. Es discernimiento activo.

Aquella frase me acompañó durante días. No era una condena, pero tampoco era un consuelo. Era una verdad que debía aceptar y cargar, una lección que había aprendido al precio más alto posible.

A medida que avanzaba la investigación, los testimonios de otros hermanos fueron confirmando lo que muchos habíamos sospechado. Luciano había advertido sobre tensiones internas y miradas extrañas. Severino había notado documentos desaparecidos y comportamientos sospechosos del Prior. Rodrigo había tenido sueños premonitorios que describían el convento en llamas. Eliseo había escuchado pasos y olido sustancias que no debían estar en el convento. Todos habían visto señales. Todos habían intentado alertar. Y ninguno había sido escuchado.

Pero el testimonio más revelador vino de una fuente inesperada. Uno de los hermanos jóvenes, un novicio que hacía labores de limpieza en el despacho del Prior, declaró que días antes del incendio había encontrado frascos de aceite en un lugar donde no debían estar. Los había visto escondidos detrás de unos libros, en un rincón del estudio que normalmente nadie tocaba. También había visto al Prior salir del ala nueva a horas inusuales, con las manos manchadas de algo oscuro y la expresión alterada. Cuando el

novicio le preguntó si necesitaba ayuda, el Prior lo despidió con brusquedad y le ordenó que no hablara de lo que había visto.

Ese testimonio, sumado a los demás, dibujaba un cuadro cada vez más claro y más terrible. El Prior había preparado el incendio con premeditación. Había llevado combustible al ala donde dormían los siete hermanos. Había esperado a que todos estuvieran en sus celdas, a que el convento estuviera sumido en el gran silencio. Y luego había prendido el fuego.

La comisión convocó al Padre Fabián a declarar. Yo no estuve presente en ese interrogatorio —no me correspondía estarlo—, pero supe después lo que ocurrió. El Prior, que hasta entonces había mantenido una actitud evasiva, respondiendo con vaguedades y justificaciones, se derrumbó frente a las evidencias. Confesó que había iniciado el fuego. Confesó que lo había hecho deliberadamente, con plena conciencia de las consecuencias. Y cuando le preguntaron por qué, cuando le preguntaron qué lo había llevado a cometer semejante crimen, pronunció una palabra que lo resumía todo: envidia.

Envidia hacia Zósimo. Hacia su fe inquebrantable. Hacia su pureza que nada manchaba. Hacia la admiración que despertaba en los demás, esa admiración que el Prior nunca había conseguido para sí mismo a pesar de todos sus años de autoridad. Fabián había visto en Zósimo una santidad que lo confrontaba con sus propias sombras, y en lugar de admirarla, había decidido destruirla. Había creído que, eliminando a Zósimo, eliminaría también el espejo que le mostraba su propia miseria.

Pero el fuego no distingue entre víctimas. Junto con Zósimo murieron seis hermanos más que no tenían culpa de nada.

Cuando supe de la confesión, sentí una mezcla de alivio y devastación. Alivio porque la verdad había salido a la luz, porque ya no había dudas ni sospechas, porque el misterio se había resuelto. Devastación porque esa verdad era más oscura de lo que había imaginado. El hombre que yo había respetado, obedecido y defendido durante años era un asesino. Y yo, con mi ceguera voluntaria, había contribuido a que nadie lo detuviera.

Días después, el obispo me llamó para comunicarme las conclusiones oficiales de la comisión. Me recibió con una solemnidad que presagiaba lo que venía.

—Hermano Lamberto —dijo—, la investigación ha determinado que el incendio fue provocado deliberadamente por el Prior Fabián, movido por envidia espiritual hacia Fray Zósimo. El Padre Fabián será sometido a un proceso eclesiástico y, previsiblemente, reducido al estado laical. Roma ha tomado nota de los hechos y actuará en consecuencia.

Asentí en silencio.

—Al mismo tiempo —continuó el obispo—, la comisión ha concluido su examen del fenómeno de incorruptibilidad del cuerpo de Fray Zósimo. Como ya le informé, no hemos encontrado explicación natural para lo que

observamos. Sumado a los testimonios sobre su vida de virtud heroica y a las circunstancias de su muerte, recomendamos la apertura de un proceso de beatificación. La decisión final corresponde a Roma, pero nuestra recomendación es favorable.

Me quedé mirándolo sin saber qué decir.

—Rezo para que el proceso llegue a buen término —dije al fin.

—Todos lo hacemos —respondió el obispo—. Pero recuerde, hermano: la santidad de un hombre no borra la culpa de otro. Ni la de quien cometió el crimen, ni la de quienes no supieron evitarlo.

Salí de aquella reunión con la sensación de haber atravesado un umbral. De un lado quedaba la tragedia, el crimen, la culpa. Del otro, la posibilidad de que algo luminoso naciera de las cenizas. Zósimo podía ser reconocido como santo. Y aunque eso no devolvía la vida a los muertos ni reparaba el daño causado, al menos daba un sentido a lo que había ocurrido.

Esa noche busqué al Prior. Necesitaba verlo una última vez, aunque no sabía exactamente para qué. Quizá para confrontarlo. Quizá para despedirme. Quizá simplemente para cerrar algo que había quedado abierto.

Lo encontré en una celda apartada, donde lo habían confinado mientras se decidía su destino. Estaba sentado en el borde del catre, con la cabeza entre las manos, en la misma postura que le había visto tantas veces durante la oración. Pero esta vez no rezaba. Esta vez simplemente estaba ahí, derrotado, vacío.

Cuando entré, levantó la vista. Sus ojos estaban hundidos, oscuros, vacíos de algo que antes había estado ahí.

—Lamberto —dijo con voz ronca.

—Padre —respondí.

Nos miramos en silencio durante un largo momento. No había odio en mí, pero tampoco había perdón. Había una distancia enorme, insalvable, como si estuviéramos en orillas opuestas de un abismo que nadie podía cruzar.

—¿Por qué? —le pregunté al fin—. ¿Por qué lo hizo?

Fabián cerró los ojos y tardó en responder.

—Porque no soportaba su luz —murmuró—. Cada vez que lo veía, sentía que me mostraba lo que yo no era. Lo que no podía ser. Pensé que si él desaparecía, yo podría respirar. Pero me equivoqué. Ahora la oscuridad es peor. Ahora no hay nada.

No supe qué responder. Su confesión era terrible, pero también era honesta. Fabián no intentaba justificarse. No buscaba compasión. Simplemente decía lo que había sentido, lo que lo había llevado a cometer el peor de los crímenes.

—¿Y los otros? —pregunté—. ¿Illán, Gaspar, Luciano, Severino, Rodrigo, Eliseo? ¿Qué culpa tenían ellos?

Fabián no respondió. Bajó la cabeza y comenzó a llorar en silencio, un llanto que no era arrepentimiento sino derrota. Yo lo miré durante unos segundos y luego me di la vuelta. No había nada más que decir.

Antes de salir, me detuve en la puerta.

—Voy a rezar por usted —le dije—. Pero no puedo perdonarlo. Eso tendrá que pedírselo a Dios.

No esperé su respuesta. Salí de aquella celda y caminé hacia los restos del claustro, donde la luna iluminaba los escombros con una luz fría. Me arrodillé frente a lo que quedaba del altar y recé. Recé por los hermanos muertos. Recé por Zósimo. Recé por la verdad que había salido a la luz. Y recé por mí mismo, para encontrar la fuerza de seguir adelante con el peso de lo que había visto y lo que no había sabido ver.

La verdad había ardido en silencio durante mucho tiempo. Pero finalmente había salido de las cenizas. Y aunque era una verdad dolorosa, también era una verdad necesaria. Porque sin ella, nada de lo que vino después habría sido posible.

EPÍLOGO

DE LAS VIRTUDES Y LAS CENIZAS

Han pasado años desde aquella noche. Años de reconstrucción, de silencio, de memoria. El convento de Scala Coeli ya no es lo que fue. Sus muros se han levantado de nuevo, sí, piedra sobre piedra, trabajo de muchas manos y muchas oraciones. Pero hay espacios que permanecen vacíos, corredores que nadie recorre con el mismo paso de antes, celdas que nadie habita porque sus ocupantes se fueron para siempre. Y en el centro de todo, como un corazón que late sin hacer ruido, está la celda de Fray Zósimo, cerrada con llave, convertida en un pequeño santuario que los hermanos visitamos cuando necesitamos recordar por qué seguimos aquí.

Yo sigo siendo Subprior. No porque lo merezca —cada día me pregunto si alguien que falló tan gravemente debería ocupar este puesto—, sino porque alguien tiene que serlo, y los pocos hermanos que quedamos decidieron que fuera yo. Acepté el cargo como una penitencia, como una oportunidad de reparar lo que rompí con mi silencio, con mi ceguera, con mi obediencia mal entendida. Es una responsabilidad que cargo con más humildad que antes, sabiendo que la autoridad no garantiza la virtud y que la obediencia sin discernimiento puede convertirse en complicidad. Intento gobernar con los ojos abiertos, escuchando lo que antes no quise escuchar, atendiendo a las señales que antes preferí ignorar. No sé si lo hago bien. Sólo sé que lo intento.

A veces, por las noches, cuando el silencio del convento se vuelve tan denso que parece un muro, camino por el claustro reconstruido y pienso en los siete hermanos que murieron. Pienso en Zósimo y su Fe inquebrantable, esa capacidad de creer incluso cuando el suelo parecía hundirse bajo sus

pies, esa confianza en Dios que no dependía de circunstancias ni de pruebas. Pienso en Ilán y su Esperanza luminosa, esa sonrisa que aparecía incluso en los días más oscuros, esa manera de mirar el futuro como si siempre guardara algo bueno. Pienso en Gaspar y su Caridad silenciosa, esas manos que tocaban las heridas ajenas como si fueran propias, ese amor que no necesitaba palabras.

Pienso en Luciano y su Prudencia incómoda, esas advertencias que nadie quiso escuchar, esa claridad de visión que lo hacía ver lo que los demás preferíamos ignorar. Pienso en Severino y su Justicia valiente, esa mirada que no se dejaba engañar por apariencias ni por autoridades, esa rectitud que le costó la soledad pero nunca la abandonó. Pienso en Rodrigo y su Fortaleza probada, ese cuerpo que había atravesado tormentas y seguía de pie, esa capacidad de levantarse cada vez que caía, de atravesar el dolor sin que el dolor lo venciera. Y pienso en Eliseo y su Templanza frágil, ese equilibrio que costaba tanto mantener y que se quebró sin que nadie lo protegiera, esa moderación que era una batalla diaria y no un don natural.

Cada uno de ellos encarnó una virtud. Cada uno de ellos fue, a su manera, un camino hacia Dios. Y sin embargo, murieron. Murieron porque yo no supe escuchar las señales. Murieron porque el Prior dejó que la envidia lo consumiera. Murieron porque la luz, cuando es demasiado intensa, puede despertar sombras que prefieren destruirla antes que dejarse iluminar.

A veces me pregunto qué habría pasado si hubiera actuado a tiempo. Si hubiera escuchado a Luciano cuando me advirtió sobre las tensiones internas. Si hubiera tomado en serio los sueños de Rodrigo, esas visiones que él mismo no sabía interpretar pero que describían con precisión lo que iba a ocurrir. Si hubiera insistido cuando Eliseo me habló de los pasos y los olores extraños, si hubiera acudido al Prior y lo hubiera confrontado con lo que sabía. Tal vez habría podido detenerlo. Tal vez los siete hermanos seguirían vivos. Tal vez el convento no habría ardido.

Pero los "tal vez" no sirven de nada. Lo que pasó, pasó. Y lo único que puedo hacer ahora es vivir con las consecuencias, aprender de mis errores y honrar la memoria de quienes ya no están.

El proceso de beatificación de Fray Zósimo avanza lentamente, como corresponde a estos asuntos que la Iglesia trata con tanta prudencia. Roma examina los testimonios, analiza las evidencias, consulta a expertos en teología y en medicina. No sé si llegará a buen término. No sé si algún día veremos a Zósimo reconocido oficialmente como santo, si habrá una fecha en el calendario que lleve su nombre, si los fieles rezarán pidiéndole intercesión. Pero, en cierto modo, eso ya no importa tanto. Para mí, para los hermanos que lo conocimos, Zósimo ya es santo. Lo fue en vida, cuando su Fe iluminaba los rincones más oscuros del convento. Y lo sigue siendo ahora, cuando su cuerpo incorrupto nos recuerda que hay fuerzas más grandes que el fuego, más duraderas que la destrucción.

Del Prior Fabián no he vuelto a saber nada. Sé que Roma actuó, que fue reducido al estado laical, que desapareció de la vida religiosa para siempre. No sé dónde está ni qué hace. No sé si encontró la paz en algún lugar del mundo, si vive atormentado por lo que hizo, si ha podido pedir perdón o si el orgullo sigue cerrándole ese camino. Prefiero no saberlo. Prefiero dejarlo en manos de Dios, que es el único que puede juzgar un alma con justicia. No me corresponde a mí condenarlo ni perdonarlo. Sólo me corresponde recordar lo que ocurrió para que no vuelva a ocurrir.

Lo que sí sé es que su caída me enseñó algo que no olvidaré: que las virtudes y las sombras pueden habitar en el mismo corazón, y que nadie —ni siquiera un Prior con décadas de autoridad— está exento de la tentación. La envidia espiritual es quizá la más peligrosa de todas, porque se disfraza de celo religioso, de exigencia moral, de rigor ascético. Pero en el fondo es lo que siempre ha sido: el deseo de destruir lo que no se puede igualar.

Hoy, al escribir estas últimas líneas, miro por la ventana de mi celda y veo el ciprés que plantamos en el patio central, en el lugar donde antes estaba el árbol que el rayo partió la noche de la tormenta. Es un árbol joven todavía, con ramas delgadas que se mecen con el viento. Pero crece. Cada día crece un poco más, echando raíces en la misma tierra que sostuvo al anterior. Y pienso que así es la vida: lo que se destruye puede volver a nacer, no igual, no idéntico, pero sí con la misma esencia, con la misma voluntad de alcanzar la luz.

Eso es lo que intento hacer yo también. Crecer. Echar raíces. Alcanzar la luz. No porque lo merezca, sino porque es lo único que tiene sentido después de tanto dolor. No porque sea capaz, sino porque la alternativa —quedarse tirado entre los escombros— no es una opción para quien todavía respira.

Scala Coeli sigue aquí. Herido, sí. Disminuido, sí. Con menos hermanos de los que tenía antes, con espacios que permanecen vacíos, con una historia que pesa sobre sus muros como una carga que nunca se alivia del todo. Pero aquí. Y mientras siga aquí, la memoria de los siete hermanos vivirá en sus corredores, en sus celdas, en sus oraciones. La Fe de Zósimo. La Esperanza de Ilán. La Caridad de Gaspar. La Prudencia de Luciano. La Justicia de Severino. La Fortaleza de Rodrigo. La Templanza de Eliseo. Siete virtudes que el fuego no pudo destruir, porque estaban grabadas en algo más profundo que la madera y la piedra: estaban grabadas en el corazón de quienes los conocimos.

Que estas páginas sean un testimonio de lo que fueron y de lo que significaron. Que sean también una confesión de mis propios errores, de mi ceguera, de mi complicidad involuntaria. Y que sean, sobre todo, un acto de fe: fe en que la luz siempre es más fuerte que la oscuridad, en que las virtudes sobreviven a quienes las encarnan, en que Dios, incluso en medio del fuego, sigue siendo Dios.

Cierro este relato con las palabras que encontré escritas en un papel, entre los escombros de la celda de Fray Zósimo. El papel estaba medio chamuscado, los bordes ennegrecidos por el fuego, pero la tinta era todavía legible. Reconocí su letra, esa caligrafía pequeña y cuidadosa que usaba para sus notas espirituales. Decían así:

"La Fe no es ver el camino. Es dar el paso sin verlo, confiando en que el suelo estará ahí."

Eso hizo Zósimo toda su vida. Dio pasos sin ver el camino, confiando en que el suelo estaría ahí. Y el suelo estuvo. Incluso cuando el fuego lo rodeaba, incluso cuando todo se derrumbaba, el suelo estuvo ahí para sostenerlo.

Eso intento hacer yo ahora, cada día, al despertar en este convento que arde y renace, que muere y resucita, que cae y vuelve a levantarse. Dar el paso sin ver el camino. Confiar en que el suelo estará ahí.

Porque eso es lo que hacen las virtudes.

Y eso es lo que queda después de las cenizas.

—FIN